VITAL AZA

EL AFINADOR

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO

sobre el pensamiento de una obra francesa

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florin, 8, bajo

1901

76

EL AFINADOR

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO

sobre el pensamiento de una obra francesa

POR

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el 20 de Diciembre de 1900

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1901

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA	SRTA. SUÁREZ.
ELENA	DOMUS.
JUANA	SRA. PAREJO.
DON CELEDONIO	SR. BALAGUER (J.)
DON GUMERSINDO	LARRA.
GARCÍA	SANTIAGO.
RAMIRO	PONZANO.
RODRÍGUEZ	VIGO.
PEPE	BARBERO.

La acción en Madrid, en un hotelito de la Guindalera.

ACTO PRIMERO

DECORACION

A=Banqueta.—B=Butaquita.—S=Sillas.—M=Mesita.—C=Cómoda.—P=Piano.—D=Perchero.—V=Ventana.—E=Escalera.—Sobre la cómoda una lámpara y dos floreros.—Colgaduras en todas las puertas, menos en la escalera.—Las de la segunda derecha (del actor), caídas, y las otras con alzapaños.

607550

ESCENA PRIMERA

GARCÍA, afinando el piano. Luego PEPE. Más tarde RODRÍGUEZ. Está obscureciendo

GAR. ¿Por dónde andará Juanita? No acaba de salir. Debe de estar muy ocupada por allá dentro.

PEPE (Por la primera derecha (del actor) con unos periódicos que dejará sobre la mesita del centro.) ¡Hola! ¿Qué tal? ¿Se va arreglando eso?

GAR. Así, así .. todavía hay para rato.

PEPE Me parece que llaman. Voy con su permiso. (Vase por el foro derecha)

GAR. Vaya usted con Dios. (Sigue afinando. Breve pausa.)

PEPE Pase usted adelante. (En el foro.)

ROD. ¿Conque no está don Gumersindo? (Fumando puro.)

PEPE No señor; ha ido á la estación del Norte á esperar á un amigo.

ROD. Buenas tardes. (A García)

GAR. Servidor. Girando sobre la banqueta en que estará sentado.—Sigue afinando sin atender á la conversación de Rodriguez y Pepe.)

PEPE Siéntese usted. (1)

ROD. No, gracias

PEPE Como usted quiera.

ROD. ¿Usted conocerá al señorito Ramiro?

PEPE ¡Anda! Pues ya lo creo. Todos los días viene por aquí

ROD. Tome usted un cigarro. (Le da un puro.)

PEPE Muchas gracias.

ROD. ¿Y qué tal es la señorita?

PEPE ¿La señorita Elena?

ROD. Sí, la novia de mi sobrino.

PEPE Pero ¡cómo! ¿Usted es...? ¿Quiere usted que le pase recado?

ROD. No; déjele usted. (2) Con quien yo deseo hablar es con el padre.

---

(1) Derecha del actor: Pepe—Rodríguez—García.
(2) Rodríguez—Pepe—García.

PEPE ¿Pero usted no conoce á la señorita?

ROD. No, ni al padre.

PEPE ¡Ah! Pues la señorita Elena es de lo que no hay.

ROD. Guapa, ¿eh?

PEPE Guapísima, mejorando lo presente.

ROD. Gracias. ¿Será una muchacha de órdago?...

PEPE No sé si será de... de eso. Pero es muy guapa y muy buena.

ROD. Me alegro.

PEPE Pero siéntese usted. Don Ramiro no debe tardar.

ROD. ¿Viene á estas horas por aquí? Pues me voy. No quiero que me encuentre. Volveré mañana a temprano á hablar con el señor.

PEPE Cuando llegue yo le diré...

ROD. No, no le diga usted nada.

PEPE Bueno.

ROD. Tome usted otro cigarro.

PEPE Muchísimas gracias.

ROD. Quede usted con Dios. (A García, que no le oye.)

PEPE Descuide usted, que yo no diré una palabra.

ROD. ¡Quede usted con Dios! (Más alto.)

PEPE Señor García.

GAR. ¿Qué? (Girando sobre la banqueta.)

ROD. Que quede usted con Dios.

GAR. ¡Ah! usted lo pase bien.

ROD. Hasta mañana. (A Pepe.)

PEPE Vaya usted enhorabuena. (Vase acompañando á Rodríguez.)

GAR. Pero esa Juanita, ¿en qué pensará? Pues yo ya hago bastante ruido á ver si me oye.

ESCENA II

GARCÍA y ELENA, que baja la escalera. Luego JUANA, por la segunda izquierda

ELENA Buenas tardes, García.

GAR. Felices, señorita Elena.

ELENA ¿Hace mucho que ha venido usted?

GAR. Hace un ratito.

ELENA Pues siga usted, siga usted. (Va á la ventana.) (Tan tarde y sin venir. Y luego dirá que me quiere mucho. Desde arriba he visto pasar nueve tranvías, y nada. Ahí llega otro. (De espaldas á la escena asomada á la ventana. Sale Juana por la segunda izquierda con el jarro del lavabo y se acerca á García cautelosamente.)

GAR. (Al ver á Juana.) (¡Gracias á Dios!)

JUANA (¡Toma!)

GAR. (¿Qué?)

JUANA (Pastelillos de carne.) (Dándoselos envueltos en un papel.)

GAR. (¡Vengan!)

JUANA (Adiós.)

GAR. (Oye.)

JUANA (Cállate.)

GAR. (Tenemos que hablar.)

JUANA (Ahora no es posible.) (Vase por la segunda derecha.)

ELENA (¡Tampoco en este! ¡Qué fastidio! ¡Esto de vivir en un barrio es de lo más aburrido! ..)

GAR. (Buena cara tienen los pastelillos.) (Que ha desenvuelto el papel.)

ELENA (Pues ya deben de ser más de las siete.) García.

GAR. (¿Eh?) (Guarda los pasteles en el sombrero que tendrá encima del piano.)

ELENA ¿Qué hora tiene usted?

GAR. ¡Yo! Ninguna, señorita.

ELENA Ya deben ser más de las siete, ¿verdad?

GAR. Sí que deben de ser. ¿Está usted impaciente?

ELENA Mucho. (Juana cruza la escena y vase por la segunda izquierda.)

GAR. ¿A que sé por qué? (Levantándose.)

ELENA ¿A que no?

GAR. Está usted aguardando á su novio. (1)

ELENA Sí, señor. Lo que es hoy le espera una filípica...

GAR. Es un muchacho muy simpático.

ELENA ¿Pero usted le conoce?

---

(1) Elena—García.

GAR. Supongo que será aquel joven que estaba aquí anteayer.

ELENA El mismo. Viene todos los días. (Se sienta en la silla de la derecha de la mesita.)

GAR. Pues es muy guapo y muy elegante.

ELENA Sobre todo muy elegante. ¿Cuántos trajes dirá usted que lleva estrenados esta primavera?

GAR. ¡Qué sé yo!

ELENA ¡Siete!

GAR. ¡Siete trajes!

ELENA Dos á cuadros, uno á rayas y cuatro de mezclillas.

GAR. (¡Qué barbaridad! ¡Siete trajes esta primavera, y yo con este desde el otoño del noventa y seis!)

ELENA Ramiro es huérfano, pero vive con un tío que es muy rico. Un tío que dicen que es algo ordinario, pero muy bueno. Es de esos que hacen casas.

GAR. Albañil no será.

ELENA Hombre, no tanto. Creo que es contratista de obras.

GAR. ¿Conque el novio es rico? ¡Es una carrera de mucho porvenir!

ELENA Ya se ha hecho abogado. Y además es un gran pianista. ¿No le ha oído usted? Le han dado un premio en el Conservatorio.

GAR. ¡Hola! Yo también tengo un tío que está bastante bien. Vive en Pozuelo; pero para mí como si lo tuviera en Alcalá. No suelta una peseta.—¿Y cuándo se casan ustedes?

ELENA No lo sé; porque papá...

GAR. ¿Se opone?

ELENA Usted no sabe cómo es papá... Tiene un genio...

GAR. ¿Sí? (¡Malo!) ¿Y la madrasta? ¿Se opone también?

ELENA ¿Quién? ¿Margarita? Si es muy buena. Nos queremos mucho; como si fuéramos dos hermanas. Crea usted que el día que me dijo papá que se casaba con Margarita, tuve una verdadera satisfacción. Ella y Juana están á mi favor.

GAR. ¿Juana también?

ELENA ¡Ya lo creo! Es muy buena Juanita. No hace más que cuatro meses que está en casa, y Margarita y yo la queremos muchísimo.

GAR. Hacen ustedes bien. No encontrarán otra doncella más fiel ni más servicial.

ELENA ¿Son ustedes del mismo pueblo, verdad?

GAR. Sí, señorita. De Guadalajara.

ELENA Eso nos dijo ella cuando le recomendó á usted. ¡Y que debe usted ser un afinador de mucha conciencia!

GAR. ¡De mucha!

ELENA El otro que teníamos, y á quien también le pagábamos por meses, en media hora arreglaba el piano, y ya no volvía hasta el mes siguiente; pero usted en quince días ha venido lo menos treinta veces.

GAR. Yo trabajo por amor al arte, señorita. Y este piano está en tan mal estado, que me ataca los nervios. Hay sobre toda un *fa* que se me resiste.

ELENA ¿Sí? ¿Cuál es?

GAR. Este.

ELENA Puede que sea el macillo. (Se acerca á ver el interior del piano por el sitio en que está el sombrero. García coge éste y lo coloca al extremo opuesto.)

GAR. Consiste en la cuerda. Luego traeré otras.

ELENA Un tranvía. Voy á ver si en este... (Corre á la ventana.)

GAR. (Creí que me encontraba los pasteles. Y vaya si tienen buena cara. La verdad es que debíamos decir á estas señoras lo que pasa. Las estamos engañando miserablemente. (Se come un pastelillo.) ¡Ya lo creo que son buenos! De primer orden. (Con la boca llena.)

ESCENA III

DICHOS y MARGARITA

MARG. (Que baja la escalera y se presenta por detrás del piano.) ¡Hola! ¿Todavía está usted por aquí?

GAR. Sí... se... señora. (Atragantándose.)

MARG. ¿Qué le pasa á usted?

GAR. (¡Ya pasó!) Nada; estaba aquí preocupado con este *fa*, que se me resiste. Volveré luego... Voy por una cuerda.

MARG. Vaya usted con Dios.

ELENA (Volviendo de la ventana.) (¡Nada! ¡Tampoco en este!)

GAR. Adiós, señorita.

ELENA Adiós, García.

GAR. (Habrá que confesar la verdad. No hay más remedio.) (Vase por el foro derecha.)

ESCENA IV

ELENA, MARGARITA, y luego JUANA

MARG. Oye, Elena.

ELENA ¿Qué quieres?

MARG. ¿Sabes que este afinador es una calamidad?

ELENA Parece un infeliz.

MARG. Hace quince días que anda á vueltas con el piano y cada vez lo deja peor. (Se sienta en la banqueta del piano y hace unos acordes.) ¡Está imposible! ¡Vaya una notabilidad que nos ha recomendado Juana.

JUANA (Con unos juegos de cama por la segunda izquierda.) ¿Pondré este juego de cama, verdad, señora?

MARG. Sí, ese. (Juana se dirige á la segunda derecha.) Oiga usted Juana

JUANA Mándeme usted. (Volviendo.)

MARG. ¿Está usted segura de que su recomendado García es lo que usted dice?

JUANA (¿Eh?) No comprendo á la señora.

MARG. Nos ha asegurado usted que era un buen afinador.

JUANA Y sí señora que lo es. En Guadalajara decían que era una notabilidad para esas cosas.

MARG. Bueno, en Guadalajara lo dirían, pero á nosotros no nos conviene. Hoy mismo le diré que no vuelva por aquí (1)

JUANA Señora, no le despidan ustedes.

---

(1) Elena—Juana—Margarita.

MARG. Me parece que García y usted son algo más que paisanos.

ELENA ¿A que resulta que es su novio?

JUANA ¿Mi novio? No, señorita.

ELENA Confiéselo usted, mujer. Si después de todo no tendría nada de particular.

MARG. Unicamente el habernos engañado.

JUANA Pues bien, señorita. Son ustedes muy buenas conmigo y yo no debo engañarlas ni un día más. García no es mi novio.

MARG. Pues entonces...

JUANA Es... mi marido.

MARG. ¿Qué dice usted? (Se levanta.)

ELENA ¡Su marido!

JUANA Sí, señoritas. Nos casamos hace año y medio, estando él de segundo violín en Apolo y yo sirviendo en la calle del Barquillo. A los diez meses de casados tuvo que marcharse á provincias de maestro de coros de una compañía de zarzuela, y yo me quedé sola en Madrid con Pepitín.

MARG. ¿Con Pepitín?

JUANA Con el niño.

ELENA ¿Tienen ustedes un niño?

JUANA Sí, señoritas, un niño precioso que he tenido que dar á criar en el puente de Vallecas. Creo que está monísimo.

MARG. Pero, mujer. ¿Y por qué no ha sido usted franca con nosotras?

ELENA Ha sido una tontería.

JUANA No me he atrevido, señoritas. Mi intención era decirles á ustedes la verdad; pero el ultramarino que me recomendó me dijo que el señor no quería sirvientes casados y como la casa me gustaba y ustedes me fueron muy simpáticas, por eso me callé. Pero, créanme ustedes, señoritas, que me costaba muchísimo trabajo engañarlas, porque ustedes son muy buenas, y yo no me he portado bien, pero las circunstancias me obligaban. La compañía de zarzuela tronó en Cáceres quedándonos á deber siete decenas; el niño me cuesta cuatro duros mensuales, y, es claro, yo necesito ganar para los tres. Y hay que

decirlo todo, señoritas, porque si no lo digo, reviento. Manolo...

MARG. ¿Qué Manolo?

JUANA Mi marido, García.

MARG. ¡Ah! ¡Ya! No sabía que se llamaba Manolo.

JUANA Pues bien; el pobrecillo no encuentra dónde tocar hace mes y medio, y, es claro, lo pasa muy mal y yo, naturalmente, sufro mucho, y aunque sea quitándomelo de la boca le doy lo que sobra de la comida. Perdónenme ustedes, señoritas. Sé que no está bien hecho; pero... no lo puedo remediar... Es mi marido, es el padre de Pepitín... (Llorando.)

MARG. Vamos, mujer No se ponga usted así.

ELENA (¡Pobrecita!)

JUANA No puedo, señoritas, no puedo. Al pensar en que las hemos estado engañando, siento una pena y una.. (impiándose las lagrimas con las fundas de las almohadas)

MARG. Pero, mujer, que esta usted manchando el juego de cama.

JUANA ¡Ay, es verdad! Si no sé lo que hago... ¿De veras me perdonan ustedes?

MARG. Sí, hija, sí. Está usted perdonada. No conviene que el señor se entere. Ya veremos el modo de buscar una colocación á García.

ELENA Si yo me caso, se vendrán ustedes dos con nosotros. ¿Qué digo los dos? ¡Los tres! Pepitín vendrá también.

JUANA ¿Ha visto usted? Si esta señorita es un ángel. Ya sabe el señorito Ramiro lo que se lleva.

MARG. Bueno. bueno (1). No hablemos más, que el tiempo urge. Tu papá y el huesped deben de llegar de un momento á otro. Ande usted, Juana. Arregle usted en seguida esa habitación; pero antes encienda usted ahí. (Enciende el aparato de luz eléctrica que habrá en escena, ó, en su defecto, la lámpara que estará sobre la cómoda.—Obscuro en el jardín)

---

(1) Elena—Margarita—Juana.

JUANA Voy, señoras, voy corriendo. (Señoritas mejores no las hay en todo Madrid. (Después de dar luz se va por la segunda derecha.)

MARG. Tú y yo vamos á ver cómo anda esa comida. ¡Buena se va á poner con lo que están tardando!

ELENA Aguarda un momento, que creo que ahí viene un tranvía. (Se dirige á la ventana.)

MARG. Esperas á Ramiro, ¿verdad?

ELENA Naturalmente. Ha quedado en venir, como siempre, á estas horas, y no acaba de llegar. Hoy quizá venga decidido á hablar formalmente con papá

MARG. Mal día ha elegido. Ya sabes que hoy no piensa más que en su amigo don Celedonio, á quien no ve hace dieciséis años.

ELENA Sí, pero he notado que papá, desde que anoche recibió el telegrama de su amigo, está de muy buen humor. Así se lo he escrito esta mañana á Ramiro.

MARG. ¿También cartitas, eh?

ELENA Naturalmente. Se la mandé por el jardinero. Vivimos tan lejos, que el pobre no puede venir más que una vez al día. Te digo que esto de vivir en la Guindalera me tiene más aburrida... (1). (Se sientan las dos al lado de la mesita.)

MARG. Pues, ¿y á mí? Pero, hija mía, quien manda manda, y no hay más que tener paciencia. Y tienes razón en lo que dices: tu papá está hoy de muy buen humor. No sé lo que será ese señor de Santander, pero sólo el anuncio de su llegada le ha hecho cambiar de carácter.

ELENA Apóyanos tú cuando venga Ramiro, y de seguro que papá...

MARG. Hoy tendré que cambiar de táctica.

ELENA ¿Cómo?

MARG. Sí. Deseando protegerte, y conociendo el carácter de tu señor papá, que basta que le digan blanco para que él conteste negro, cuan-

---

(1) Elena—Margarita.

tas veces me ha hablado de tus pretensiones amorosas le he dicho que Ramiro no te conviene y que debe oponerse á esa boda.

ELENA Pues vaya una manera de protegernos.

MARG. Sí, tonta. Aconsejándole yo eso, estoy segura de que él ha de decidirse por lo contrario.

ELENA ¿Lo crees así?

MARG. Indudablemente. Y esa boda puede hacerte feliz. Ramiro es un muchacho excelente. Esa timidez que tiene prueba la dulzura de su carácter.

ELENA Es buenísimo.

MARG. A mí me gusta mucho, te lo aseguro.

ELENA A ti, ¿eh? Pues si tú supieras lo que me gusta á mí... (Habla dentro don Gumersindo.)

MARG. Cállate, ya están ahí. Oigo la voz de tu papá. (Se levantan.)

ESCENA V

DICHOS y DON GUMERSINDO

GUM. (Dentro.) ¿Conque no ha venido, eh? ¡Por vida de Dios!

PEPE (Dentro.) No, señor, no ha venido viajero ninguno.

GUM. ¡Vamos! (Entrando malhumorado por el foro derecha.) ¡Si no puede ser!

MARG. ¿Qué es eso? ¿Dónde has dejado al huésped?

ELENA ¿No ha venido tu amigo?

GUM. No me hableis. ¡Estoy desesperado! (Se quita el pañuelo de seda que llevará al cuello y lo guarda en el cajón de arriba de la cómoda. Es detalle importante, como ustedes verán más adelante.)

ELENA (¡Malo! Ya vuelve á las andadas.)

GUM. Lo que á mí me pasa no le pasa á nadie.

ELENA Pero, ¿qué te ha pasado, papá? (1)

GUM. Pues nada. Que de seguro Celedonio, mi querido Celedonio, al no encontrarme en la

---

(1) Elena—Gumersindo—Elena.

estación se habrá ido á una fonda. Vete tú ahora á buscarle por todo Madrid

ELENA Si yo no le conozco, papá.

GUM. No es eso, mujer. Digo que cualquiera le encuentra ahora.

MARG. Pero, ¿no saliste de aquí diciendo que ibas á la estación?

GUM. Sí, señor; allá me dirigí en un coche de punto que tomé en la calle de Serrano; pero como á esos demonio de caballos parece que los alimentan con perdigones, cuando me apeé en la estación ya el tren había llegado hacía veinte minutos. ¡Como que ha venido á la hora en punto, nada más que para fastidiarme!

MARG. Vamos, Gumersindo, me parece que la cosa no es para que te disgustes de ese modo. Ya vendrá... Habrá tenido que hacer algún encargo... Anda, Elena, vamos á ver cómo va esa comida.

GUM. Sí, sí, por si viene, que no falte nada. Sacad la vajilla nueva.

MARG. Naturalmente.

GUM. Y tú (A Elena) á ver cómo nos haces un buen café. Saca el juego de porcelana de cuando repican gordo.

ELENA Descuida, papá. Se recibirá dignamente á tu amigo. (Vanse Margarita y Elena, puerta segunda izquierda.)

ESCENA VI

DON GUMERSINDO. Luego PEPE y RAMIRO por el foro derecha.

GUM. Voy á ver si ya tienen arreglada la habitación (Se dirige á la segunda derecha.) Sí; ya está en disposición de recibirle. Yo no creo que haya ido á una fonda. Eso sería una ofensa para mí; y Celedonio es incapaz de ofenderme. Me parece que han llamado. Debe de ser él... ¡Qué abrazos le voy á dar! (Se dirige al foro.)

PEPE (Desde el foro.) El señorito Ramiro. (Vase.)

GUM. ¡Qué calamidad! ¡Para visitas estoy yo! (Se sienta en la silla de la izquierda de la mesita.)

RAM. Muy buenas noches. (Entrando.)

GUM. Felices. (Con sequedad.)

RAM. Supongo que ya habrán comido ustedes.

GUM. No señor.

RAM. Creía que sí.

GUM. Pues ha creído usted muy mal. (Mal humarado.)

RAM. (Y dice Elena que su papá está hoy de muy buen humor.)

GUM. (Las veinte y cuarenta. (Mirando el reloj de bolsillo.) Ha tenido tiempo sobrado para venir á pie.)

RAM. (¡Pues yo se lo digo! ¡Vaya si se lo digo!) ¿Y Elena y Margarita? ¿No estan en casa?

GUM. Sí señor. Están por allá dentro muy ocupadas. Hoy estamos todos muy ocupados.

RAM. Pues me alegro de encontrarle á usted solo. (¡Estoy decidido! ¡Me lanzo!)

GUM. (Lo que más se puede tardar desde la estación aquí, son cuarenta y cinco minutos.) (Sigue preocupado.)

RAM. Señor don Gumersindo.

GUM. (Sin oirle) El tren ha llegado á las diecinueve y treinta y cinco; son las veinte y cuarenta y cuatro, de manera que...

RAM. Señor don Gumersindo. (Más alto,)

GUM. ¿Qué? ¿Qué hay? (Muy incomodado)

RAM. Que celebro mucho que estemos solos.

GUM. ¿Sí?

RAM. Sí señor, porque deseo hablarle á usted de un asunto muy importante.

GUM. No, no me hable usted de nada. Hoy no estoy para nada.

RAM. Es que quería decirle á usted...

GUM. Ya me lo dirá usted luego, ó mañana... ó pasado; pero ahora imposible. Ahora no pienso más que en Celedonio. (Se levanta.)

RAM. Pero...

GUM. Usted ignora lo que es esperar á un amigo á quien no se ve hace dieciseis años. Usted no comprende lo que es ir á la estación y

llegar con veinte minutos de retraso. Usted no sabe lo que es un coche de alquiler.

RAM. Sí, señor. Eso sí lo sé.

GUM. Bueno; pues comprenda usted mi angustia y mi intranquilidad.

RAM. Corriente; volveré más tarde.

GUM. Sí; vuelva usted... o no vuelva. Como usted guste.

RAM. Pues que usted se tranquilice y que su amigo llegue sin novedad.

GUM. Gracias.

RAM. Voy á dar una vuelta por ahí. Hasta luego.

GUM. Vaya usted con Dios. Vaya usted con Dios.

RAM. (¡Ahora que estaba yo tan decidido! Puede que luego no me atreva.) (Vase por el foro derecha.)

ESCENA VII

DON GUMERSINDO. Luego PEPE y GARCÍA por el foro derecha

GUM. Bueno estoy yo ahora para escuchar tonterías. Y si de lo que iba á hablarme era de Elena, que espere. Cuando le conozca Celedonio trataremos de eso.. El me aconsejará. . Es hombre que ha viajado mucho y tiene un golpe de vista para conocer á las personas. . (Mira el reloj.) Las veintiuna menos cinco. ¡Dios mío! ¿Será posible que no venga? ¡Han llamado! ¡Este sí que es él! Ya decía yo que no podía ofenderme (Va al foro derecha y aparece Pepe.)

PEPE Aquí está ..

GUM. ¿Quién?

PEPE El afinador.

GAR. Servidor de usted. (Presentándose. Vase Pepe.)

GUM. (Por vida de...)

GAR. Voy, con su permiso ..

GUM. (Conteniéndole.) No. Haga usted el favor de volver mañana. Esta no es hora de afinar pianos, ni yo estoy para cencerros.

GAR. Es sólo una cuerda. Un *fa* que se me resiste.

GUM. Bueno, pues yo no lo resisto tampoco. Vuelva usted en mejor ocasión.

GAR. Está bien. Volveré. (Medio mutis y vuelve.) Yo lo hacía por si los señoritos...

GUM. Déjeme usted en paz, hombre, déjeme usted en paz.

GAR. Voy, voy. (El caso es que yo necesitaba hablar con Juana esta misma noche...) Beso á usted la mano...

GUM. Vaya usted mucho con Dios. (Vase García por el foro derecha.)

ESCENA VIII

DON GUMERSINDO. Luego PEPE. Más tarde JUANA. Después MARGARITA y ELENA

GUM. ¡Caracoles con las visitas! Y este dichoso afinador ya me va á mí cargando. Todos los días me le encuentro ahí dale que le das al piano.

PEPE Señor... (Por el foro.)

GUM. ¡No estoy en casa para nadie!

PEPE Si es que á la puerta se ha parado un simón con unas maletas.

GUM. ¡Es él! ¡Es Celedonio!

PEPE Digo yo que lo será.

GUM. Anda y que suban el equipaje. ¡Si no podía faltar! (Vase Pepe por el foro.) ¡Margarita! ¡Elena! ¡Juana! Y yo que creía .. Si no podía ser.

JUANA (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Llamaba usted?

GUM. Baje usted y ayude á Pepe á subir las maletas.

JUANA ¿Ya ha llegado ese señor?

GUM. Sí. (Desde la ventana.) ¡El es! ¡Por ahí, por la puerta de la verja! (Vase Juana por el foro.) ¡Elena! ¡Margarita!

MARG. (Saliendo por la segunda izquierda.) ¿Qué es eso?

ELENA (Idem.) ¿Qué pasa?

GUM. Que ya le tenemos ahí

MARG. ¡Gracias á Dios!

CEL. (Dentro.) ¡Gumersindo!

GUM. (Desde la puerta del foro.) ¡Por aquí! ¡Por aquí!

ESCENA IX

DICHOS y DON CELEDONIO en traje de viaje y con un saco de noche en la mano.

CEL. ¡Gumersindo de mi alma!

GUM. ¡Celedonio de mi vida! (Se abrazan fuertemente. Celedonio deja el saco en la silla de la izquierda del foro.)

CEL. ¡Otro abrazo, hombre, otro abrazo!

GUM. ¡Todos los que quieras!

MARG. (¡Vaya un tipo!) (Entran por el foro Pepe y Juana con maletas, mantas, sombrerera y demás líos de viaje.)

GUM. Id colocando todo eso en e a habitación. Llevad ese saco.

CEL. No, deja; luego lo llevarán. (Vanse Pepe y Juana por la segunda derecha. Salen luego y se van, Juana por la segunda izquierda y Pepe por el foro derecha.)

GUM. ¡Vaya con Celedonio! ¡Dieciséis años sin vernos! (1).

CEL. Pero, oye, preséntame. Esta será tu hija, Elenita.

ELENA Para servir á usted.

CEL. Es monísima.

ELENA Muchas gracias.

CEL. Cuando yo la vi la última vez tenía año y medio.

GUM. Acabábamos de destetarla.

CEL. Te aseguro que si la encuentro en la calle no la hubiera conocido. ¡Lo que se desfiguran estas muchachas!

MARG. (¡Naturalmente!)

CEL. ¿Y esta otra señorita?

GUM. Mi mujer.

CEL. ¿Tu mujer?

MARG. Servidora de usted.

CEL. ¡Ah, bribón! Y me escribiste diciendo que te casabas en segundas nupcias con una señora de cierta edad.

---

(1) Celedonio—Gumersindo—Elena—Margarita.

MARG. No soy ninguna niña... Tengo ya veintinueve años.

GUM. Veintinueve años cumplidos.

CEL. Déjate de cumplidos. Es mucha la diferencia. No vengas presumiendo de pollo; porque tú y yo somos de una edad, mes arriba ó abajo, y francamente, yo no me hubiera atrevido...

GUM. (¡Pero hombre!) Este siempre tan bromista.

MARG. Ya veo (¡Qué animal debe de ser este caballero!) (A Elena.)

GUM. ¡Vaya con Celedonio! Tienes que perdonarme.. He llegado tarde á la estación...

CEL. No me choca. Si yo creí que no llegaba nunca á esta casa. Esto no es vivir en Madrid. Tienes que mudarte al centro.

ELENA ¿Verdad que sí?

CEL. ¿A quién se le ocurre vivir en las afueras?

GUM. Es un hotelito muy cómodo y que me ha costado muy barato.

CEL. No importa. Es preciso que lo vendas.

MARG. (1) Nosotras lo sentiríamos. Nos encontramos aquí tan á gusto...

GUM. Puede, puede que lo venda.

MARG. (¿Lo ves?) (A Elena.)

GUM. Basta que tú me lo aconsejes.

CEL. Usted no sabe, señorita (2), (A Margarita.) digo, señora... No me acostumbro á la idea de que sea tu mujer.

GUM. Pues acostúmbrate.

CEL. Usted no sabe, señora, lo que éste y yo nos queremos.

GUM. Mucho.

MARG. Ya sabemos, ya.

CEL. Como que nos conocemos desde niños, desel año... (Gesto de Gumersindo.) Descuida, no diré la fecha. Pues hace lo menos cuarenta años.

GUM. (Ya la soltó.)

CEL. ¡Lo que hemos corrido de muchachos por aquella playa del Sardinero! Siempre an-

---

(1) Celedonio—Gumersindo—Margarita—Elena.

(2) Gumersindo—Celedonio—Margarita—Elena.

dábamos juntos. ¡Y qué afición teníamos á embarcarnos!

GUM. ¡Ah!

CEL. Nos pasábamos las horas muertas en una balandra preciosa de un tío de éste, que se llamaba *La gaviota.*

GUM. ¡Qué tiempos aquellos!

CEL. Y aquí, donde ustedes le ven, este hombre fué mi salvador.

GUM. ¡Celedonio!

CEL. Sí, señor; á tí te debo la vida. ¿No les ha contado á ustedes ese rasgo heróico?

MARG. No, señor.

ELENA Pues lo contaré yo, porque esas cosas enaltecen á Gumersindo.

GUM. Pero hombre...

CEL. Verán ustedes. (Se sientan los cuatro. Gumersindo en la butaca, Celedonio en la silla derecha de la mesita, Margarita en la de la izquierda y Elena en la banqueta del piano.) Eramos en aquella época dos pollos bastantes calaverillas... (Movimiento de Gumersindo.) Tú te callas. Hay que decirlo todo — Había entonces en Santander una magnífica compañía de zarzuela. Una tarde salimos á comernos una empanada de jamón mar adentro. No íbamos solos. Nos acompañaban dos coristas.

ELENA ¡Papá!

GUM. Dos coristas... ¡del coro de hombres!

CEL. Eso es. Dos coristas muy guapas.

GUM. ¡Muy guapos!

CEL. Eso. Muy guapos y muy simpáticos. Llevábamos viento favorable. La balandra se deslizaba blandamente sobre las olas. Yo, enentusiasmado ante el hermoso espectáculo que presentaba el mar, me puse de pie sobre la borda, (Se pone de pie, colocando el pie izquierdo sobre la silla.) y comencé á cantar aquello de *Marina*, que estaba entonces muy en boga. (Canta.) «*Al ver en la inmensa llanura del mar...*»

GUM. (Canta.) *¡Del mar!*

CEL. Pero cuando llegaba á la *llanura,* vino un golpe de mar y ¡cataplúm! me caí de ca-

beza por estribor. (Se sienta.) ¡Qué momentos aquellos!... Las coristas...

GUM. ¡Los!

CEL. Los coristas se desmayaron.

MARG. ¡Pobrecitas! Digo, ¡pobrecitos!

CEL. Yo nadaba muy mal, y por más que pataleaba no conseguía salir á flote. ¡El agua que yo tragué! Ya me creía ser pasto de los peces, cuando de pronto sentí una mano vigorosa que me suspendía por el cabello. (Margarita mira la cabeza de don Celedonio.) Entonces tenía yo una cabellera hermosa. Si llega á ser ahora me voy á fondo irremisiblemente. Aquella mano era la de este, que con un valor que yo no pagaré nunca, se arrojó vestido y todo á salvar al pobre náufrago. Yo, al ver á este á mi lado, me agarré á él con las ansias de la muerte, imposibilitando sus movimientos, y los dos nos hubiéramos ahogado seguramente si Gumersindo, con una serenidad pasmosa, no me hubiera pegado un puñetazo en la boca del estómago que me hizo perder el conocimiento. Libre ya de mis garras, me llevó nadando hasta la balandra, y cuando volví en mí me encontré calentito en mi cama y rodeado de las personas de mi familia. Diga usted, señora, si yo podré olvidar nunca lo que le debo á este hombre.

GUM. No es para tanto.

CEL. Cuanto yo haga por tí me parecerá siempre poco. Quisiera que en este momento se prendiera fuego á la casa.

GUM. ¡Hombre! (Se levantan todos.)

ELENA ¡Jesús!

MARG. ¡Qué atrocidad!

CEL. Sí, señor; para arrojarme á las llamas y salvaros á todos.

GUM. Gracias. (Abrazándole.) Esto no es un amigo.

MARG. (No, es un bombero.) (A Elena.)

GUM. Qué deseos tenía de que vinieras á pasar unos días con nosotros, porque supongo que vendrás por una temporadita.

CEL. No lo sé. Lo mismo puedo estarme aquí dos

meses que veinticuatro horas. Depende de los negocios. Como es nuevo el personal de la fabrica...

GUM. ¿Qué fabrica?

CEL. Pero, ¿no has recibido mi circular?

GUM. No. ¿Has dejado el negocio de los vinos?

CEL. No tuve más remedio. El año pasado me gasté una fortuna en vinos blancos de la Rioja y se me avinagró toda la partida.

GUM. ¡Qué lastima?

CEL. En vista de eso, ¿qué dirán ustedes que hice?

GUM. Qué sé yo.

CEL. Me dediqué á la preparación de escabeches.

GUM. ¡Ah! ¡Ya! Para aprovechar el vinagre.

CEL. Naturalmente. Y vaya un titulito que le he puesto á la fábrica. «*La Digestiva.*» *Escabeches al natural y conservas alimenticias.*

GUM. ¡Lo que á éste no se le ocurre!

CEL. Y ahora, con tu permiso, voy á hacer un obsequio á tu mujer y á tu hija. (Coge el saco, lo coloca sobre la mesa y lo abre.)

ELENA ¡Por Dios!

MARG. ¡Tanta amabilidad!...

GUM. ¿Por qué te has molestado?

CEL. Pues no faltaba más.

MARG. (¿Qué nos traerá?) (A Elena.)

CEL. Productos de la casa. (Sacando una lata.)

MARG. (¡Ah, vamos!)

CEL. Señora. . *Lubina.*

MARG. Gracias.

CEL. Elenita... *Anguila.*

ELENA Muchas gracias.

CEL. *Congrio.* (A Gumersindo, que se ha vuelto de espaldas.)

GUM. ¿Eh?

CEL. *Congrio.*

GUM. ¡Ah!

CEL. Y llévense ustedes también estas otras latas de sardinas. (Dándoselas á Margarita y á Elena.)

GUM. ¿Para qué tanto?

MARG. (¡Pues no es poco *latoso* este buen señor!)

CEL. Ya las comerán ustedes y verán cosa rica.

MARG. A propósito de comer. Creo que ya podíamos...

GUM. Pues es verdad. Vamos en seguida. Ya verás que estómago el mío. Es un pozo sin suelo.

CEL. ¿Pero comen ustedes á estas horas?

GUM. Solemos hacerlo á las diez y nueve...

CEL. ¿Eh?

GUM. A las siete; pero hoy, por esperarte... tendrás un café riquísimo.

CEL. ¿Comida y café á las diez de la noche? Quiá. De ninguna manera. Yo no ceno hace diez años más que mi chocolate y mi vaso de leche. Y tú debes hacer lo mismo. Es una locura á tus años comer fuerte á estas horas. Puede darte una congestión.

GUM. ¿Crees tú...?

CEL. ¡Vaya si lo creo!

GUM. Bueno, bueno. Pues comed vosotras. Este y yo tomaremos chocolate.

MARG. Pues hasta luego.

ELENA Hasta después.

GUM. Toma, nena. Llévate el congrio de Celedonio.

CEL. Vayan ustedes con Dios.

ELENA A mí ya se me ha quitado el apetito. (A Margarita.)

MARG. (¡Claro! ¡Con tanto escabeche!...) (Vanse Margarita y Elena con las latas por la segunda izquierda.)

ESCENA X

GUMERSINDO y CELEDONIO

GUM. Conque, ¿qué te parece mi mujercita? (1)

CEL. Ella muy bien. El que me parece mal eres tú.

GUM. ¡Celedonio!

CEL. Sí, señor. Esa boda ha sido una barbaridad.

GUM. Te advierto que es muy buena muchacha y y muy bien educada. Era la profesora de labores de la niña. Le pagaba diez duros al mes y casi todos los días comía con nosotros. La pobrecita era huérfana, y yo...

(1) Celedonio—Gumersindo.

CEL. Vamos, sí; te has casado por economía.

GUM. No, señor. Me he casado enamorado de ella.

CEL. Bueno; pero no tendrás la pretensión de creer que ella esté enamorada de tí.

GUM. Hombre, me parece que yo...

CEL. Gumersindo, no seas mamarracho.

GUM. Claro; como tú eres enemigo del matrimonio..

CEL. Soy soltero por filosofía. Yo no he tenido nunca confianza en mí... ni en los demás... ¡No me fío de nadie! De joven no me casé porque tenía la seguridad de pegársela á mi mujer; y de viejo no me caso porque estoy seguro de que mi mujer me la había de pegar á mí.

GUM. Tienes unas teorías. .

CEL. No; no es esto decir que tu mujer... Créeme, Gumersindo, si alguna vez te faltara tendría yo un disgusto horrible.

GUM. ¡Toma! ¡Y yo!

CEL. No quiera Dios que esto suceda.

GUM. ¡Claro! Dios no puede querer esas cosas.

CEL. Vaya, ¿cuál es mi habitación? Deseo arreglarme un poco.

GUM. Aquí la tienes. (Segunda derecha.) Y esta otra es el despacho. (Primera derecha.) Si necesitas escribir... Aquí estarás como en tu casa. Si te hace falta algo no tienes más que llamar. Todos estamos aquí para servirte.

CEL. Ya lo sé, ya lo sé. Hasta luego, Gumersindo.

GUM. Hasta luego, Celedonio. (Vase don Celedonio llevándose el saco por la segunda derecha.)

ESCENA XI

DON GUMERSINDO. Luego ELENA, por la segunda izquierda

GUM. ¡Cómo me quiere este hombre! ¡Caramba! Tengo un hambre más que regular. Me parece que con el chocolate no voy á poder aguantar hasta mañana. Voy á ver si tomo antes algo más sustancioso. (Aparece Elena.) ¿Qué? ¿Ya habéis comido?

ELENA No tenía apetito.

GUM. Pues yo sí. Estate con cuidado por si Celedonio necesita algo.

ELENA Descuida, papá. (Vase Gumersindo por la segunda izqnierda.)

ESCENA XII

ELENA y RAMIRO

ELENA ¡Pero, señor! ¿Qué le pasará hoy á Ramiro? (Desde la ventana.)

RAM. ¿Se puede? (Desde el foro derecha.)

ELENA ¡Gracias á Dios!

RAM. ¿Estás sola? (1)

ELENA Ya lo ves. Me parece que ya es hora de que vinieras.

RAM. Si ya he estado aquí antes.

ELENA ¿Sí?

RAM. Me recibió tu papá. ¡Y cómo me recibió!

ELENA ¿Qué?

RAM. Estaba de un humor que ya, ya. Como que no he podido decirle á lo que venía ¿Y sabes tú á lo que venía?

ELENA A verme.

RAM. Y á pedirle tu mano.

ELENA ¿Al fin te has decidido?

RAM. Hace un momento sí lo estaba, pero tu padre me recibió de una manera, que no sé si luego me atreveré. ¿Ha venido ya el huésped?

ELENA Sí.

RAM. Me alegro. Ahora estará más tratable.

ELENA Atrévete; no seas pusilánime.

RAM. No sé, no sé... A tu papá no le soy simpático, y á tu madrastra tampoco.

ELENA ¿A Margarita?

RAM. Sí, señor. Ayer tarde cuando tú saliste un momento, y yo me quedé ahí tocando la *Barcarola* de Bertini, al llegar al pianísimo,

(1) Ramiro—Elena.

oí que Margarita le decía por lo bajo á tu papá: «No toleres esas relaciones, Ese chico no le conviene á Elena.»

ELENA ¿De veras dijo eso? (Riéndose.)

RAM. Sí

ELENA ¡Tonto!

RAM. ¡Eh!

ELENA Si todo eso es un plan convenido.

RAM. ¿Cómo?

ELENA Margarita está de nuestra parte. Me lo ha asegurado hace un momento. Dice que le gustas mucho.

RAM. ¿Sí?

ELENA Y que le eres sumamente simpático.

RAM. Y yo que creía... (Muy contento.)

GUM. (Dentro.) ¡Elena!

ELENA ¡Voy!—Papá me llama.

RAM. Indícale tú algo á ver cómo lo toma.

ELENA Le anunciaré tu visita.

GUM. (Dentro.) ¡Elena!

ELENA ¡Allá voy!—No te marches. Hoy nos retiraremos más tarde... Atrévete. Con ese carácter no se va á ninguna parte. ¡Adiós, monin! (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XIII

RAMIRO. Luego GARCÍA

RAM. ¿Que con éste carácter no se va á ninguna parte?... Con este carácter... me voy ahora mismo al jardín. Volveré cuando estén todos reunidos. El padre tiene unos prontos que le dejan á uno frío. (Tropieza al salir con García que entra por el foro derecha.)

GAR. ¡Ay! Usted dispense.

RAM. No hay de qué.

GAR. Soy el afinador.

RAM. ¡Ya! ¡Ya!

GAR. Voy con su permiso...

RAM. Es usted muy dueño. (Me parece que éste y la doncellita se entienden. A mí no me la

dan.) Quede usted con Dios. (Vase por el foro derecha.)

GAR. Vaya usted enhorabuena. El joven de los siete trajes. ¡Lástima de ropa! Parece un palomino atontado. ¿Dónde estará Juanita? Esta noche sin falta necesito verla. Valiente disgusto me acaba de dar el ama de cría. Si se empeña en dejarme á Pepitín, ¿qué hago yo con él? A ver si anda por aquí... (Se acerca á la puerta primera derecha.)

ESCENA XIV

GARCÍA, ELENA; luego DÓN CELEDONIO

ELENA (Que viene de la segunda izquierda.) Oye, Ramiro; papá dice... ¡Se ha marchado! ¡No! Allí está... Si es el afinador ¡Señor García!

GAR. (Volviéndose asustado.) ¿Eh?... ¡Ah, señorita...! Miraba á ver si molestaba á alguien.

ELENA Venga usted acá, venga usted acá. ¡Valiente trapalón es usted! (1)

GAR. ¡Eh! (Asustado.)

ELENA ¿Cómo sigue Pepitín?

GAR. ¡Qué!

ELENA No se asuste usted, hombre. Papá no sabe nada, pero nosotras estamos enteradas de todo. Juana nos lo ha confesado.

GAR. ¿Es de veras? ¿Y nos perdonan ustedes?

ELENA Sí, hombre, sí.

GAR. Muchísimas gracias.

ELENA Cuente usted con mi protección.

GAR. ¡Ah, señorita! Es usted tan buena como hermosa.

CEL. (Que va á salir por la segunda derecha y se detiene en la puerta.) (¡Eh!) (Asoma la cabeza por entre las dos hojas de la colgadura.)

GAR. ¡No sabe usted lo dichoso que me hace! ¡Permítame usted que le exprese mi gratitud! (Cogiéndole una mano y besándola.)

---

(1) García—Elena.

CEL. (¡Canastos!)

ELENA ¡Por Dios!

GAR. Es usted mi ángel tutelar.

ELENA Que mi papá no se entere, porque ya sabe usted cómo las gasta. No nos perdonaría nunca el que le hubiéramos engañado. (Oyese dentro la voz de don Gumersindo.) Ahí viene.

CEL. (¡Zambomba!) (Se retiran.)

GAR. (¡Caracolitos!) (Se sienta al piano y teclea con fuerza.)

ESCENA XV

DICHOS y DON GUMERSINDO. Más tarde, JUANA

GUM. (Dentro.) ¡Sí! Ya puede usted traer esos chocolates. (Saliendo por la segunda izquierda y oyendo á García.) Pero, hombre, ¿ya está usted por aquí otra vez?

GAR. No es más que este *fa*. ¿Ve usted? Está muy bajo (1).

ELENA Sí, papá, es ese *fa*.

GUM. ¡Pues ya me voy yo fas... tidiando!

GAR. Es cosa de un momento.

ELENA En seguida despacha.

GUM. Bueno, bueno; pues acabe usted y no vuelva por aquí en una temporada (¡Demonio de afinador! El mejor día me lo encuentro en la sopa...) (García sigue afinando el piano.) ¿No decías que Ramiro estaba aquí?

ELENA Estaba, pero se ha marchado.

GUM. Pues ya veremos lo que opina Celedonio cuando le conozca.

JUANA (Sale por la segunda izquierda con dos chocolates con bizcochos y dos vasos de leche en una bandeja.) Aquí está esto.

GUM. Colóquelo usted ahí. (En la mesita.) No sé si habrá despachado. (Se dirige á la segunda derecha.) ¿Se puede?

CEL. (Dentro.) ¡Adelante! (Vase don Gumersindo.)

---

(1) Elena—Gumersindo—García.

ESCENA XVI

DICHOS, menos DON GUMERSINDO

ELENA — Vamos, díganse ustedes ahora todo lo que quieran; pero pronto, porque van á salir. (Se queda en la puerta segunda derecha.)

JUANA — Muchas gracias (1).

GAR. — (A Juana.) Tenemos mucho que hablar. Acabo de ver á la nodriza.

JUANA — ¿Le ocurre algo al niño?

GAR. — No, el niño está bueno; pero nos lo van á poner á dieta.

JUANA — Pues, ¿qué pasa?

GAR. — Que la nodriza no quiere seguir criándole.

JUANA — ¡Ay, Dios mío!

GAR. — Mañana por la mañana me lo entregará.

JUANA — ¿Y qué vamos á hacer?

GAR. — No lo sé. Ya escribí al tío Pepe pidiéndole dinero, pero ya sabes cómo es. Es preciso que hablemos

ELENA — ¡Que ya vienen!

GAR. — Espérame esta noche.

JUANA — ¿Dónde?

GAR. — Ahí, en esa ventana, como el otro día. Cuando todos estén acostados, te asomas, que yo vendré por el jardín.

JUANA — No sé si podré.

GAR. — Pues no hay más remedio. (Hablan dentro don Celedonio y don Gumersindo.)

ELENA — ¡Que ya salen!

JUANA — Hasta luego. ¡Pobre Pepitín! (Vase por la segunda izquierda.)

GAR. — Yo me voy, no sea que el papá la tome conmigo. (Coloca en el piano la tabla delantera, que desde el principio del acto habrá estado apoyada en uno de los costados.)

---

(1) Elena—Juana—García.

ESCENA XVII

ELENA, GARCIA, DON GUMERSINDO y DON CELEDONIO

ELENA Que se les enfría á ustedes el chocolate.

GUM. Vamos, vamos. (Viendo á García.) ¿No ha despachado usted todavía?

GAR. Sí, señor, sí. Me voy ahora mismo.

GUM. Vaya usted con Dios. (Se sienta y empieza á tomar el chocolate.)

GAR. Servidor de ustedes.

CEL. Beso á usted la mano. (Vase García por el foro derecha.) Oye. (A Gumersindo.) ¿Quién es ese joven? (1).

GUM. El afinador. Un pobre muchacho.

CEL. (¿El afinador? Pues tiene gusto la chiquilla.) (Va á sentarse. Elena le llama aparte.)

ELENA (Aparte.) (Oiga usted, don Celedonio.)

CEL. (¿Qué?)

ELENA (En usted confío.)

CEL. (¿Cómo?)

ELENA (Necesito que usted nos proteja.)

CEL. (¿Yo?)

ELENA (Que no se entere papá.)

GUM. Pero, hombre, que se te enfría el chocolate.

CEL. Voy, voy. (Se acerca á la mesa y se sienta.)

ELENA ¿Necesitas algo, papá?

GUM. Nada, hija mía.

ELENA Pues hasta luego y que aproveche. (Vase por la segunda izquierda, haciéndole señas á don Celedonio.)

CEL. (La niña es de oro.)

ESCENA XVIII

DON CELEDONIO y DON GUMERSINDO

GUM. Ya ves que sigo tu consejo. En adelante me contentaré con esta cena frugal. (2)

CEL. No hay nada más sano.

---

(1) Elena—Celedonio—Gumersindo.

(2) Celedonio—Gumersindo.

GUM. Sano sí será; pero la verdad, para un estómago como el mío... Te advierto que aquí todos tenemos buen apetito. Es decir, todos no. La niña hace una temporadita que anda algo desganada. Los amores no la dejan vivir. Y á propósito, tenemos que hablar de esos amores.

CEL. Hombre, me alegro; creí que no sabías nada. Me sorprende que tú toleres esas relaciones. (Tomando chocolate.)

GUM. Pero, ¿cómo? ¿Estás ya enterado? (Con la boca llena.)

CEL. Me he enterado sin querer. Y, francamente, no es ese el novio que yo hubiera soñado para tu hija.

GUM. Le conocimos en casa de unos amigos á donde íbamos de reunión. Nos acompañaba todas las noches. Yo, naturalmente, le ofrecí la casa y hace tres meses que nos visita todos los días. Es un muchacho muy elegante.

CEL. ¡Hombre, por Dios! Si lleva un chaqué imposible. Pero la ropa es lo de menos. Yo creo que debes desear para Elenita un muchacho de carrera.

GUM. La tiene.

CEL. ¿Llamais aquí carrera á la de afinar pianos?

GUM. ¿Qué?

CEL. ¡Sí, señor! Tu hija debe aspirar á algo más que á casarse con un afinador.

GUM. Pero, ¿qué estás diciendo?

CEL. Lo que oyes.

GUM. ¿Con un afina...? (Soltando la carcajada.) ¡Vamos, hombre! Tú no estás bueno de la cabeza. Si el novio de Elena es un muchacho elegantísimo, con su carrera de abogado.

CEL. ¿Sí, eh?

GUM. Sí, señor Ya te le presentaré para que me digas tu opinión. Hace un momento estaba aquí. El parece que está muy enamorado de la chica, pero mi mujer se opone.

CEL. ¿Sí, eh? Escamado.)

GUM. Le es muy antipático. No cesa de repetírmelo.

CEL. (¡Malo!) ¿Y ese joven elegante os visita con mucha frecuencia?

GUM. Todos los días.

CEL. ¿Y tu mujer le trata con amabilidad?

GUM. Naturalmente, por educación. Algunas tardes salen los tres juntos de paseo. La pobre Margarita se sacrifica por Elena, porque lo que es ella, no le puede tragar.

CEL. (¡Malo! ¡Malo!)

GUM. ¿Tú no acabarás todos los bizcochos?

CEL. No.

GUM. Pues yo ya he concluído mi ración. (Coge unos bizcochos del plato de don Celedonio.)

CEL. (¡Pobre Gumersindo.)

GUM. ¡Dios me conserve este apetito!

CEL. (Preocupadísimo se va á llevar un bizcocho á la boca y se queda ensimismado.) (¡Es natural! ¡Tenia que suceder!)

GUM. (Observando á Celedonio.) ¡Eh! (Sacudiendo la servilleta para llamarle la atención.)

CEL. ¿Qué?

GUM. ¿Qué es eso? A tí te pasa algo.

CEL. (Yo no debo permitir que engañen á este hombre.) Escucha, Gumersindo.

GUM. Aguarda un momento. (Acaba de beber la leche.) Habla. Cuéntame lo que te pasa.

CEL. Tú no dudarás de mi amistad.

GUM. ¡Antes la muerte!

CEL. Pues bien. (Se levanta y va hacia las puertas de la derecha y del foro; luego á las de la izquierda, y vuelve á su stiio.—Gumersindo le sigue con la vista girando sobre el asiento de la silla hasta casi caerse.)

GUM. (A este hombre le ocurre algo grave.)

CEL. Oye, Gumersindo. ¿Tú creerás que vives en la Guindalera? (Muy solemne.)

GUM. ¡Me parece!...

CEL. Pues, no señor. ¡Vives en el Limbo!

GUM. ¿Eh?

CEL. Tu hija está en amores con el afinador.

GUM. ¡Dale bola! (Riéndose.)

CEL. No hay bola que valga. Hace un momento aquí mismo, los sorprendí diciéndose ternezas.

GUM. ¡No es posible! (Preocupado.)

CEL. Y él besaba la mano de tu hija.

GUM. ¿Qué dices? (Muy serio.)

CEL. Y la llamaba ángel mío, es decir, ángel suyo.

GUM. ¡Ah! ¡Pillo! Por eso me lo encuentro aquí á todas horas. (Se levantan los dos.)

CEL. Naturalmente.

GUM. ¿De modo que no solo me engaña á mí sino que engaña también á Ramiro, á ese pobrecito muchacho?

CEL. Ese pobrecito muchacho, como tú le llamas, no viene aquí por tu hija.

GUM. ¡Ah! ¡Ya! Viene por la doncella.

CEL. Gumersindo, eres un infeliz

GUM. Entonces... ¡Ay, Dios mío de mi alma!... ¡Qué sospecha! ¡Le mato!

CEL. ¡Calma, mucha calma! No hay que precipitarse. Tu mujer es inocente. Digo yo que debe ser inocente.

GUM. ¡Claro!

CEL. Tú déjame á mí. ¿Me lo prometes?

GUM. Te lo prometo. (Dándole la mano)

CEL. Gracias. Estate tranquilo. En cuanto á ese joven, yo me encargo de...

ESCENA XIX

DICHOS y RAMIRO por el foro derecha

RAM. ¿Se puede?

GUM. (¡Ahí está!) (A Celedonio)

CEL. (Me alegro.)

RAM. Señores.. (Entrando.)

CEL. (¡Calma, mucha calma!) (A Gumersindo.) (1)

RAM. Señor don Gumersindo...

GUM. ¿Qué hay? (Con mucha sequedad.)

RAM. Deseaba hablar con usted.

GUM. Conmigo no tiene usted nada que hablar. Lo que tenga usted que decirme á mí, se lo dice usted al señor. (¿Eh?) (A Celedonio.)

---

(1) Ramiro—Gumersindo—Celedonio.

CEL. (¡Muy bien!)

RAM. Si es que yo...

GUM. ¡Ni una palabra más! (Le mira de alto á bajo con desprecio.) ¡Abur! (Vase con dignidad cómica por la segunda izquierda.)

RAM. Usted lo pase bien. (Es un genio imposible...)

ESCENA XX

DON CELEDONIO y RAMIRO. Breve pausa. Ramiro mira sonriente á Celedonio, el cual estará muy serio

CEL. Tome usted asiento

RAM. Gracias. (Se sientan Ramiro en la butaquita y don Celedonio en la silla de la derecha de la mesita.) ¿Qué tal? ¿Ha llegado usted bien?

CEL. Sí señor y, por fortuna, he llegado á tiempo. (Con intención.)

RAM. Pues es raro, porque aquí los trenes llegan siempre con mucho retraso.

CEL. Oiga usted, joven. (Acerca su silla á la butaca.) A mí nadie me la da.

RAM. ¿Cómo?

CEL. Que á mí nadie me la da.

RAM. ¿Y qué es lo que no le dan á usted?

CEL. (O es tonto ó se hace.) Conozco los propósitos de usted

RAM. Me alegro. A ver si ablanda usted á don Gumersindo.

CEL. ¡Caballero!

RAM. Ya tengo de mi parte á su señora.

CEL. ¿Cómo?

RAM. Yo creí que le era muy antipático; pero hoy. .

CEL. ¿Qué?

RAM. Hoy me he enterado de que Margarita acepta mis relaciones.

CEL. ¿Eh?

RAM. Parece que le gusto y que me quiere muchísimo.

CEL. (¡Qué escándalo!) ¿Y usted lo ignoraba hasta ahora?

RAM. Sí, señor; pero crea usted que me ha sorprendido muy agradablemente.

CEL. ¡Lo creo!

RAM. Tres meses viniendo todos los días, y sin enterarme. (Sonriente.)

CEL. En cambio, estará usted enterado de los amores de Elena con el afinador.

RAM. ¡Eh! ¿Cómo? (Se levantan los dos.)

CEL. Ya comprenderá usted que yo no puedo tolerar... ni lo uno ni lo otro.

RAM. ¿Dice usted que Elena y el afinador?...

CEL. Están en relaciones.

RAM. (¡Dios mío!)

CEL. El padre lo sabe todo. Ese hombre ha engañado á esta familia. Hace un momento los he encontrado aquí en amante coloquio.

RAM. Sí, ahora que recuerdo. La otra noche, á eso de las once, cuando yo volvía á esta casa, porque me había dejado olvidado el paraguas, vi que un bulto se deslizaba cautelosamente por el jardín.

CEL. Sí, ¿eh?

RAM. Y que se acercaba á esa ventana.

CEL. ¡Hola!

RAM. Y que subía agarrándose al antepecho.

CEL. ¡Caracoles!

RAM. Aquel bulto era el afinador.

CEL. Indudablemente.

RAM. En el marco de la ventana se dibujaba la silueta de una mujer.

CEL. ¡Elenita!

RAM. Yo hubiera jurado que era la doncella.

CEL. Pues era Elena, no le quepa á usted duda.

RAM. (¡Ingrata!) (Compungido.)

CEL. Esta situación es insostenible. Joven, usted me parece un infeliz.

RAM. Y lo soy. (Casi llorando.)

CEL. No vuelva usted á poner los pies en esta casa.

RAM. ¿Qué?

CEL. Yo debo velar por la honra de esta familia. Ya lo comprenderá usted.

RAM. ¿Yo? No, señor.

CEL. La paz de un matrimonio es sagrada. ¿Tiene usted algún pariente en provincias?

RAM. Sí señor. Tengo un tío en Toledo.

CEL. Eso está demasiado cerca.

RAM. Una hermana de mi padre está casada en Santa Cruz de Tenerife.

CEL. Esa, esa es la tía que nos conviene á todos.

RAM. ¿Qué?

CEL. Mañana mismo debe usted salir de Madrid.

RAM. ¿Yo?

CEL. Sí, señor. Se va usted á pasar un año en Santa Cruz de Tenerife.

RAM. ¿Y qué voy á hacer yo allí?

CEL. Lo que usted quiera. Lo importante es que Margarita no le vea á usted.

RAM. ¿Margarita?

CEL. Sí, señor; Margarita.

RAM. Pues sigo sin entender una palabra.

CEL. Resulto lo que yo me sospechaba.

RAM. ¿Qué?

CEL. Que Margarita está enamorada de usted.

RAM. ¿De mí?

CEL. Sí, hombre, sí. Parece usted tonto.

RAM. Pues, caballero, le juro á usted por lo más sagrado que yo...

CEL. Si yo sé que usted no tiene la culpa. Ni ella tampoco. Aquí el único culpable es Gumersindo. Claro: usted es joven, elegante...

RAM. Gracias

CEL. Guapo. Es decir, muy guapo no, pero en fin...

RAM. (¡Qué barbaridad! ¡Nunca me lo hubiera figurado!)

CEL. Nada, nada; mañana mismo á Tenerife. No conviene que le vean aquí. Puede usted retirarse. Ahí va el sombrero. Que lleve usted buen viaje.

RAM. Pero...

CEL. Vamos, hombre, vamos.

RAM. Ya me voy, ya.. (Yo necesito tener una explicación con Elena) Usted lo pase bien. (Muy compungido.)

CEL. Tranquilícese usted. (Acompañándole.)

RAM. No puedo, caballero.

CEL. No olvide usted que la paz de un matrimonio es sagrada, completamente sagrada.

RAM. Ya lo sé... Beso á usted la mano. (Llorando.)

CEL. Abur.

RAM. (¡Pero, Dios mío! ¿Por qué se habrá enamorado de mí esa señora?) (Vase por el foro derecha.)

CEL. ¡Gracias á Dios! No hay más remedio. El fuego y la estopa no pueden estar juntos. Ya hemos quitado la estopa.

ESCENA XXI

DON CELEDONIO y DON GUMERSINDO por la segunda izquierda

GUM. ¿Qué hay? ¿Qué ha resultado?

CEL. (¿Y quién le dice á éste?...) Puedes estar tranquilo. Tu mujer es inocente.

GUM. ¡Ya lo decía yo!... (Muy contento.)

CEL. Ese joven se marchará mañana á Santa Cruz de Tenerife.

GUM. ¿Sí? (Sin darle importancia.)

CEL. Va á asuntos de familia. (Se oye hablar á Margarita y Elena.)

GUM. Mi mujer... que no sospeche...

ESCENA XXII

DICHOS, MARGARITA y ELENA. Luego JUANA. Las tres por la segunda izquierda

MARG. Vamos, señores, me parece que ya es hora de que nos retiremos.

CEL. (¡La adúltera!)

MARG. Don Celedonio debe necesitar descanso. ¿No es verdad?

CEL. Sí, señora.

GUM. Voy á ver si está bien cerrada la puerta. (Vase foro derecha y vuelve en seguida. Elena va á la ventana.)

MARG. Aquí trasnochamos muy poco (1). A las once casi siempre estamos en la cama. Ya

(1) Celedonio—Margarita—Elena.

tiene usted dispuesta su habitación (1). Usted perdonará si nota alguna falta.

CEL. (Con intención.) Hay ciertas faltas que no pueden perdonarse.

MARG. (Sonriéndose.) Sin embargo, usted parece muy bueno, y sabrá dispensarlas. (Elena cierra la ventana y baja al proscenio.)

CEL. (Esta sabe más que Lepe)

GUM. (Saliendo.) Ya están dadas las dos vueltas á la llave. A la cama, Celedonio 2).

ELENA (Pregúntale á papá si ha vuelto Ramiro. (Aparte á Margarita.)

MARG. Oye, Gumersindo, ¿no has hablado esta noche con Ramiro?

CEL. Señora, ese joven ha estado aquí á despedirse.

ELENA ¿A despedirse?

CEL. Mañana se marcha de Madrid.

ELENA ¿Y adónde va?

CEL. A Santa Cruz de Tenerife.

ELENA (¡Ay, Dios mío!)

MARG. Pues el chico se ha despedido á la francesa.

CEL. (¡Qué fresca es esta señora!) (Entra Juana en escena.)

ELENA Pero, diga usted, ¿volverá pronto?

CEL. ¡Dios lo sabe!

GUM. El que no volverá tampoco por aquí, es el afinador.

JUANA (¿Eh?)

MARG ¿Por qué?

GUM. ¡Porque no me da á mí la gana!

JUANA (Aparte á Elena.) (¡Ay, señorita! Su papá sospecha algo.)

ELENA (Creo que sí) (Enjugándose las lágrimas.)

CEL. (¿Lo ves? ¡Ya estarás convencido!) (Indica á Elena.) (Si la que a mí se me escape!...) Ea, á á la cama.

GUM. Que descanses, Celedonio.

CEL. Gracias. (¡Ni una palabra!)

GUM. (¡Descuida!)

CEL. Hasta mañana, señoras.

---

(1) Margarita—Celedonio—Elena.

(2) Celedonio—Gumersindo—Margarita—Elena.

MARG. Que pase usted muy buena noche.

ELENA Que usted descanse.

CEL. Lo mismo digo. (Vase á su habitación.)

ELENA (¡Pero Dios mío! ¿A qué irá Ramiro á Santa Cruz de Tenerife?) Vase por la escalera)

MARG. ¿Vamos, Gumersindo?

GUM. Vamos. (Un amigo así no hay dinero con que pagarlo.)

MARG. (A Juana.) En recogiendo eso, puede usted retirarse.

JUANA Está bien, señorita.

MARG. Buenas noches.

JUANA Hasta mañana si Dios quiere. (Vanse don Gumersindo y Margarita, por la escalera.)

ESCENA XXIII

JUANA, sola

Si el señor sospecha algo, estamos perdidos. Y el pobre Manolo, que necesita hablarme esta noche.. ¿Qué vamos á hacer con Pepitín? ¡Pobre hijo de mi alma! Ese señor se quedará en seguida como un tronco. Después de un viaje tan largo estará reventado. Voy á ver... (Apaga el aparato de luz eléctrica, ó la lámpara. La escena queda á obscuras. Abre la ventana.) ¡Qué noche tan obscura! ¿Por dónde andará ese? No le veo... (Don Celedonio saca el brazo por entre las hojas de la colgadura y deja caer de golpe las botas, que deberán ser de doble suela, para que hagan ruido) ¡Ay! (Da un grito y vase á tientas por la segunda izquierda.)

ESCENA ULTIMA

DON CELEDONIO y GARCÍA

CEL (Asomándose en calzoncillos y zapatillas por entre la colgadura.) ¿Qué grito es ese?

GAR. (Apareciendo en la ventana.) ¡Pschis!... ¡Oye!...

CEL. (¡Eh!)

GAR. ¿Dónde estás? (Subiendo.)

CEL. (¡Un hombre!) (Se acerca á la ventana, arrimándose cautelosamente al foro.)

GAR. (Pues ella estaba aquí. Me esperará en la cocina como el otro día.) (Se sienta en el alfeizar de la ventana con las piernas hacia el escenario.)

CEL. (¡El afinador! ¡Qué repoquísima vergüenza!) ¡Alto ahí!

GAR. ¡Eh! (Muy asustado.)

CEL. ¿A dónde va usted?

GAR. A .. á afinar el piano.

CEL. ¡Toma piano! (Le da un empujón y le tira de cabeza por la ventana.) (1) Ha debido de romperse algo, pero le está bien empleado. (Cerrando la ventana.) ¡Gumersindo! ¡Puedes dormir tranquilo! Si no fuera por mí... Dios sabe... ¡Dios sabo lo que pasaría en esta casa!... Ahora... ¡al catre! (Se dirige á la alcoba.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

(1) El director de escena se encargará de que coloquen uno ó dos colchones debajo de la ventana, para que el actor no se haga daño ninguno y resulte la caida con el efecto que debe tener.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

JUANA y luego ELENA

JUANA (Limpiando la habitación.) Las ocho y sin saber lo que ha pasado con la modriza. ¡Y yo esperándole anoche hasta las dos! ¿Por qué no habrá venido?

ELENA (Bajando la escalera.) Oiga usted, Juana.

JUANA Buenos días, señorita. ¿Qué tal ha pasado usted la noche?

ELENA Muy mal; no he podido pegar los ojos.

JUANA ¿Ha estado usted mala? ¿Por qué no ha llamado usted?

ELENA No; de salud estoy bien.

JUANA Me alegro.

ELENA Pero ¿no sabe usted lo que pasa?

JUANA ¿Qué pasa, señorita?

ELENA ¿Usted sabe dónde está Santa Cruz de Tenerife?

JUANA No conozco esa iglesia.

ELENA Si no es iglesia, mujer; si es una población.

JUANA Pues no sé dónde estará, pero en la provincia de Guadalajara no debe de ser.

ELENA ¡Qué ha de ser! ¡Si está lejísimos! En las islas Canarias.

JUANA ¡Qué barbaridad!

ELENA Bueno; pues Ramiro se marcha hoy á Santa Cruz de Tenerife.

JUANA ¿Que el señorito Ramiro?..

ELENA Eso me dijo anoche don Celedonio.

JUANA ¿Pero él no le ha dicho a usted nada?

ELENA Nada absolutamente.

JUANA ¿Y á qué se va tan lejos?

ELENA ¡Toma! Pues no lo sé.

JUANA Oiga usted, como no sea que vaya á recoger alguna herencia!..

ELENA Eso he pensado yo, porque según me contó el otro día, tiene una tía muy rica en Canarias.

JUANA Si es eso, menos mal.

ELENA Sí que sería menos mal; pero ha debido despedirse de mí y no darle el encargo á don Celedonio.. ¿Verdad que eso no está bien hecho?

JUANA Está regular.

ELENA Anoche; aprovechando el insomnio, le escribí una cartita de nueve carillas que va á tener que leer.

JUANA ¡Sí que tendrá!

ELENA Aquí está (Sacándola del bolsillo.) Haga usted el favor de decirle al jardinero que se la lleve inmediatamente y dele usted esto para el tranvía (Dándole unas monedas.)

JUANA Está bien, señorita (Ahora veré si Manolo anda por ahí. Me choca mucho que no haya venido todavía.) (Vase por el foro derecha.)

ESCENA II

ELENA y MARGARITA. Luego DON GUMERSINDO y JUANA

ELENA Le quiero muchísimo; pero eso de despedirse así. . no se lo tolero

MARG. Buenos días, Elena. (Por la escalera.)

ELENA Buenos días, Margarita (Se besan.)

MARG. ¿Has descansado bien?

ELENA Muy mal. Estoy de un humor que no se me puede sufrir.

MARG. ¿Qué te pasa?

ELENA ¿Te parece regular lo de mi señor don Ramiro? ¿Despedirse de ese modo, sin decirme siquiera: me tengo que marchar por esto ó por lo otro?

MARG. No seas niña. Ya vendrá hoy á decirte adiós.

ELENA Es que como no venga me va á tener que oir.

MARG. Si no viene, no te oirá.

ELENA Bueno, cuando vuelva, porque yo me figuro que no se quedará en Canarias toda la vida.

MARG. ¡Qué chiquilla eres! ¿Se ha levantado ya don Celedonio?

ELENA A las siete de la mañana, cuando yo abrí el balcón de mi cuarto, ya andaba él por el jardín.

MARG. El que se ha levantado hoy de muy buen temple es tu papa.

ELENA ¿Sí? Menos mal.

MARG No le he visto nunca tan cariñoso ni tan amable. Ahí baja.

GUM. (Por la escalera.) Muy buenos días, hija mía. (Margarita coge un periódico y va á la ventana á leerlo.)

ELENA Buenos días, papa. ¿Cómo has pasado la noche?

GUM. Perfectamente; es decir, regular; pero ahora estoy perfectamente. Hija mía, ya sabes que yo te quiero con toda mi alma.

ELENA Ya lo sé, papá.

GUM. Y que no deseo otra cosa que tu felicidad. Mi único anhelo sería...

ELENA ¿Qué, papá?...

GUM. No, nada. Vete á tomar el chocolate.

ELENA Ya lo he tomado.

GUM. Bueno, pues decid que me preparen el mío, con tostadas, con muchas tostadas.

MARG. Lo tomaremos juntos. ¿Vienes, Elena?

ELENA Voy arriba, á mi tocador. (Vase Margarita por la segunda izquierda.)

GUM. Hasta luego, hija mía. Ya sabes que tu padre no sueña más que con hacerte completamente feliz.

ELENA Ya lo sé. Pero, ¿por qué me hablas así?

GUM. Te hablo así, porque .. Anda, vete al tocador.

ELENA (¡Cosa mas rara! .. ¿Qué le pasará á mi papá?) (Vase por la escalera.)

GUM. De buena gana le diría: «Yo deseo que...» Pero Celedonio me ha mandado callarme y cumpliré lo prometido... Voy á ver si se ha levantado. (Se acerca á la puerta segunda derecha y llama.) ¿Se puede?.. No contesta. Estará durmiendo todavía. ¿Se puede?

JUANA (Por el foro derecha.) ¿A quién llama usted, señor?

GUM. ¿A quién ha de ser? ¡Al huésped!

JUANA Si está en el jardín.

GUM. ¿Sí? (Se dirige á la ventana.)

JUANA Ahí está arreglando los rosales de debajo de esa ventana.

GUM. Ya podía yo estar llamando.

JUANA (Pues, señor, Manolo no parece. ¿Qué pasará, Dios mío?) (Vase por la segunda izquierda.)

GUM. Buenos días, hombre, buenos días. (Desde la ventana.) Perfectamente. ¿Y tú? — Me alegro mucho.—Deja, no te molestes, ya lo arreglará el jardinero. Sube, sube. (Se retira de la ventana.) ¡Qué buena persona es este Celedonio! Cuidado que yo he tenido amigos en esta vida; pero como éste, ¡quiá!, como éste no hay otro en el mundo. (Se sienta á la izquierda de la mesita y lee un periódico.)

ESCENA III

DON GUMERSINDO y DON CELEDONIO. Luego JUANA. Más tarde MARGARITA

CEL. (Por el foro derecha, con un traje distinto al del acto anterior.) La altura no es mucha, pero el batacazo debió ser mayúsculo. ¡Bueno ha puesto el macizo de rosales!) ¿Conque tú tan madrugador como siempre?

GUM. No lo puedo remediar. A mí me alimenta la cama.

CEL. Te alimenta, pero no te quita el apetito. (Se sienta en la butaca).

GUM. Al contrario, me lo abre (1).

CEL. A las seis de la mañana ya estaba yo tomando el fresco en el jardín.

GUM. Habrás extrañado la cama.

CEL. ¡Quiá! Yo no extraño esas cosas. Dormí toda la noche como un bendito. Nada hay que favorezca tanto el sueño como la satisfacción de haber cumplido con su deber.

GUM. Es verdad. Eso me pasa á mí. Yo he despertado esta mañana más contento que unas pascuas. (Se levanta.)

CEL. Más vale así.

GUM. Anoche tuve una pesadilla horrible.

CEL. ¿En qué quedamos?

GUM. En que tuve una pesadilla horrible.

CEL. Haz el favor de explicarte, porque no veo la relación. .

GUM. Estaba deseando hablar contigo para abrirte mi pecho (Coge la silla de la derecha de la mesa y se acerca á Celedonio.)

CEL. Cuenta, cuenta.

JUANA (Desde la segunda izquierda.) ¡Señor!

GUM. ¿Qué hay?

JUANA Dice la señora que el chocolate se está enfriando.

GUM. Pues que lo calienten. Ahora no puedo ir. (Vase Juana.) ¿Tú no te habrás desayunado?

CEL. Hace dos horas.

GUM. Bueno, pues verás lo que he soñado. (Se sienta al lado de don Celedonio.)

CEL. Alguna barbaridad.

GUM. Anoche me acosté preocupado con todo lo que tú me contaste.

CEL. Supongo que no habrás dicho una palabra.

GUM. Ni esto. Me impusiste el secreto y lo he cumplido.

CEL. Muy bien. Sigue.

GUM. Pues preocupado con todas aquellas cosas, tardé mucho en coger el sueño, pero al fin lo cogí. ¡Y de qué manera! Debí haberme

---

(1) Celedonio—Gumersindo.

quedado dormido sobre el corazón, porque tuve un sueño muy triste. Era de noche.

CEL. Naturalmente.

GUM Digo, que soñaba que era de noche. Una noche tormentosa. Los truenos retumbaban en el espacio. Los relámpagos, con su lumbre siniestra, iluminaban el horizonte.

CEL. ¡Atiza!

GUM. El silencio más profundo reinaba en esta casa. Yo me había dormido ahí—cosas de los sueños,—en la banqueta del piano, con la cabeza apoyada en el teclado. De pronto...

CEL. ¡Se cerró la tapa!

GUM. No. Se abrió aquella ventana, y al resplandor de un relámpago, ví que un hombre penetraba en esta habitación. Aquel hombre era García.

CEL. ¿Quién?

GUM El afinador.

CEL Hay presentimientos.

GUM. ¿Eh?

CEL. Nada, sigue.

GUM. Quiero hablar y no puedo.

CEL ¿Qué te pasa?

GUM. Digo que quería hablar y no podía.

CEL ¡Ah!

GUM. Una angustia horrible me oprimía la garganta. A los pocos momentos, aquel hombre se marchaba por la ventana, llevándose en brazos á mi hija... Hago un esfuerzo supremo y lanzo un grito. ¡Ah! Ya era tarde. Los amantes habían salvado las tapias del jardín y huian a campo traviesa... Yo me lancé en su persecución, y hala, hala, los sigo jadeante... La tormenta arreciaba... la lluvia caía á torrentes...

CEL ¿Te pondrías perdido?...

GUM. ¡Figúrate! Después de mucho andar, llegamos al borde de un abismo. Los amantes se detienen, y mi hija, con una voz lúgubre, que le salía de lo más profundo del alma, me lanzó el siguiente apóstrofe: «Padre mío, tú no me comprendes. Mi amor es de este hombre... De él ó de nadie... Pues te

opones á nuestra dicha, busquemos en la muerte la unión de nuestras almas...» Y—¡parece que lo estoy viendo!—se abrazaron estrechamente y se lanzaron al precipicio. Yo, loco de dolor, me lanzo tras ellos, y ¡pum! me caigo de la cama. En esto desperté.

CEL. Es natural.

GUM. Tenía todo este lado de la camisa completamente empapado.

CEL. El sudor de la angustia.

GUM. No; la botella de agúa que estaba encima de la mesa de noche y que tiré al suelo durante la pesadilla.

CEL. La lluvia torrencial. (Riéndose.)

GUM. No te burles, Celedonio.

CEL. Pues hombre, me parece...

GUM. No hay sueño, por extraño que sea, que no tenga un fondo de verdad. Ya despierto, pensé en que no tengo más que una hija, á la que por este pícaro carácter, he tratado siempre con alguna aspereza; pero yo la quiero con toda mi alma, sí señor, y por lo mismo no debo pensar más que en hacerla dichosa. El que su novio sea pobre no es razón para que yo me oponga á su felicidad. Haciéndome estas reflexiones, me quedé profundamente dormido, y entonces soñé...

CEL. No, (Se levanta,) no me cuentes más sueños, porque me basta ya con el anterior. (Gumersindo se levanta también.) En resumen, que te has ablandado y no te parece despreciable para yerno el afinador... (1)

GUM. Celedonio, tú no eres padre.

CEL. Creo que no.

GUM. Tú no sabes lo que es ver á una hija, á quien se idolatra, arrojándose de cabeza á un precipicio.

CEL. Nada, nada, que se casen. Puede que sea lo más conveniente.

GUM. El ser afinador, no es ninguna deshonra.

---

(1) Gumersindo—Celedonio.

CEL. ¡Qué ha de ser! (Paseando por la escena.)

GUM. Parece que le estoy viendo saltar por aquella ventana.

CEL. ¡Y yo!

GUM. ¿Qué?

CEL. Nada. Que se casen y que Dios los haga muy felices. (1)

GUM. Si él es pobre, mi hija es rica.

CEL. ¡Claro! Y váyase lo uno por lo otro.

GUM. ¡Cuánto me alegro de que apruebes mi resolución! Si no es por tí, Dios sabe cuándo me hubiera enterado yo de esos amores. Pero chico, tú las cazas al vuelo.

CEL. El que á mí me la dé ..

GUM. Pues á mí me la han dado, lo confieso; pero ahora en cuanto vuelva por aquí... (Muy cariñoso.)

CEL. Puede que no vuelva.

GUM. ¡Quiá! Si con el pretexto del piano no sale de esta casa. Cuando le veas, haz el favor de sondearle. . De la niña yo me encargaré.

CEL. No no sueltes prenda, sin que yo averigüe antes qué clase de pájaro es ese joven.

GUM. Parece un infeliz.

CEL. Sin embargo...

GUM. Bueno, bueno. En tus manos encomiendo el asunto. ¡Bendito sea el momento en que se te ocurrió venir á Madrid!

MARG. (Por la segunda izquierda.) ¡Buenos días, señor don Celedonio!

CEL. Buenos días, señora. (Muy serio.)

MARG. ¡Pero, Gumersindo, por Dios! Bueno se estará poniendo el chocolate.

GUM. Voy ahora mismo, nena. ¡Cómo estaré que no me acordaba de desayunarme! No te marches que luego saldremos á dar una vuelta por ahí, á que veas lo que ha crecido este barrio.

CEL. Como quieras.

GUM. En seguida despacho. (Vase por la segunda izquierda.)

---

(1) Celedonio—Gumersindo.

MARG. ¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

CEL. Nada.

MARG. Ahí tiene usted los periódicos de la mañana. Yo con su permiso voy á arriba á mis habitaciones.

CEL. Vaya usted con Dios (Vase Margarita por la escalera.) Hay cosas que no pueden ser. Es muy guapa esta chica, demasiado guapa para un hombre como Gumersindo.

ESCENA IV

DON CELEDONIO, PEPE y RODRIGUEZ por el foro derecha.

PEPE (Dentro.) Sí, señor, no ha salido todavía. (Entra.) Ahí está un señor que pregunta por el amo.

CEL. Está desayunándose.

PEPE Es el tío del novio de la señorita.

CEL. ¿Sí? Que entre. (Hasta el criado está enterado de todo.)

PEPE Puede usted pasar. (Vase Pepe.)

ROD. Buenos días. (Con el puro en la boca)

CEL. Felices.

ROD. ¿Da usted su permiso?

CEL. Pase usted adelante. (Baja Rodriguez)

ROD. ¿Qué tal está usted? (Dándole la mano.)

CEL. Bien, gracias. (1)

ROD. ¿Y la familia? (Volviendo á darle la mano.)

CEL. Sin novedad.

ROD. Usted disimule que venga tan de mañana, pero es lo que yo digo: las buenas obras deben empezarse temprano. Ya estuve aquí ayer, pero no tuve el gusto de encontrarle.

CEL. Tome usted asiento.

ROD. Gracias. (Mirando á todas partes)

CEL. (¿Qué mirará este hombre?) (Sigue con la vista las miradas de Rodríguez. Este se sienta á la derecha de la mesa y Celedonio á la izquierda.)

ROD. No está mal construido este hotel.

---

(1) Rodriguez—Celedonio.

CEL. Sí, no parece que está mal.

ROD. Y mire usted que hoy se hace cada chapuza en Madrid... Hay hoteles que parecen de sillería y son de cartón piedra, créame usted á mí.

CEL. Sí lo creo.

ROD. Pero vamos á la cuestión.

CEL. Vamos allá.

ROD. Oiga usted, don Gumersindo, yo...

CEL. Usted perdone. Yo no soy Gumersindo.

ROD. ¿Que no?

CEL. No señor: soy un amigo suyo, pero muy amigo; puede usted hablar como si fuera con él.

ROD. Usted disimule la equivocación; pero como yo no conozco á ese señor ni á su hija, á la que dicen que quiere ser mi sobrina; porque no sé si sabrá usted que mi sobrino y ella se entienden.

CEL. Sí; ya estoy enterado.

ROD. El chico dice que no se ha atrevido á hablar al padre, porque teme que le diga que no; pero por eso vine ayer, y por eso vuelvo hoy, para decirle á su amigo de usted que mi sobrino es huérfano, pero que tiene un tío, que está presente, que le dará el día de la boda treinta mil duros contantes y sonantes.

CEL. ¿Sí, eh?

ROD. Yo soy soltero

CEL. Y yo.

ROD. (Se levanta.) ¡Choque usted! Que sea por muchos años.

CEL. Lo mismo digo. (Vuelven á sentarse.)

ROD. A mi sobrino lo recogí de niño, cuando se murieron sus padres, y yo le he criado y yo le he dado educación, es decir, yo no, porque—no me avergüenzo de decirlo,—yo no estoy muy fuerte en esas cosas; pero le puse mastros para todo sin reparar en precios, y ahí le tiene usted ya hecho un hombre, con su carrera concluída y con un primer premio del Conservatorio.

CEL. ¡Caramba!

ROD. ¿Usted no le ha oído tocar el piano?

CEL. No señor.

ROD. Pues es una notabilidad. A mí me da en casa cada *tabarra* que me vuelve loco, porque yo no entiendo una palabra; pero todos dicen que maneja el piano como nadie. El pobre es muy corto de genio.

CEL. Corto, ¿eh?

ROD. Sí, señor.

CEL. (¡Digo, si llega á ser largo!)

ROD. Yo no le he dicho una palabra de que venía á hablar con su suegro; pero como estos días le veo desmejoraducho, me dije: «Voy yo á hablar con ese señor y á decirle lo que viene al caso.»

CEL. Muy bien hecho.

ROD. El chico está loco *perdío* por la muchacha, créame usted. Anoche no quiso cenar y en cuanto llegó á casa se metió en la cama porque dijo que le dolía la cabeza.

CEL. No me choca. (Mirando á la ventana.)

ROD. Yo me alegro de que se haya fijado en esta muchacha, porque me parece que aquí cae en blando.

CEL. (No muy en blando, pero en fin...)

ROD. Con lo que le señalen á la chica y lo que yo le doy al novio, pueden vivir como unos príncipes. ¿Verdad usté?

CEL. ¡Ya lo creo!

ROD. Conque... (Levantándose.)

CEL. Pero, aguarde usted. Ahora saldrá Gumersindo (Se levanta.)

ROD. (Mirando el reloj.) No puedo detenerme. Luego volveré por aquí. Tengo que dar un vistazo á la gente. Estoy haciendo tres casas en la calle de Ayala...

CEL. ¡Hola!

ROD. Y si uno no vigila, marcha aquello como Dios quiere...

CEL. ¿Conque tres casas nada menos?

ROD. ¡Anda! En estos tres últimos años llevo hechas veintisiete.

CEL. ¡Qué atrocidad!

ROD. Conque hasta luego, caballero. (Dándole la ma-

no.) Usted disimule que le haya dado esta lata.

CEL. ¡Quiá, hombre! Si yo vivo de eso: de las latas. Que vuelva usted por aquí.

ROD. Volveré, volveré. Póngame usted á los pies de ese caballero...

CEL. ¡Eh!

ROD. Digo, no. ¿Ve usted? Ya he *metío* la pata. Ya sé que eso se dice á las señoras. A mí mándeme usted reconocer materiales ó cubicar unos cimientos, pero de esas cosas de etiqueta no entiendo una palabra. Quede usted enhorabuena.

CEL. Vaya usted con Dios. (Vase Rodríguez por el foro derecha.) ¡Usted lo pase bien! (Desde el foro.) ¡Qué barbaridad! (Bajando al proscenio.) Este hombre es un Rotchschild de americana y sombrero ancho. ¡Treinta casas en Madrid! Y el sobrino parece que no tiene tres pesetas; pero, es claro, como que se ha disfrazado de afinador para hablar con la muchacha... El chico debe de ser un punto de cuidado. ¡Pero yo los caso, vaya si los caso! Una proporción como esta no debe desaprovecharse.

ESCENA V

DON CELEDONIO y DON GUMERSINDO, por la segunda izquierda. Luego JUANA

GUM. ¡Ea! Ya estoy á tus órdenes.

CEL. Ven acá, hombre feliz.

GUM. ¿Qué pasa? (1)

CEL. ¡Lo que tú no puedes imaginarte! Tu hija te engaña.

GUM. ¿Otra vez?

CEL. El afinador no es afinador.

GUM. ¿Cómo?

CEL. Es un muchacho muy rico.

---

(1) Gumersindo—Celedonio.

GUM. ¿Eh?

CEL. Inmensamente rico. Aportará al matrimonio treinta mil duros, y heredará con el tiempo treinta casas.

GUM. Mira, Celedonio, yo te quiero mucho; pero, por lo mismo, no está bien que te burles de mí.

CEL. Si no es burla. Si lo que te digo es una verdad como un templo.

GUM. Pero, ¿hablas en serio?

CEL Muy en serio. Ahora acabo de enterarme de todo. Ha estado aquí su tío.

GUM. ¿Qué tío?

CEL. Un tío suyo.

GUM. Pero, ¿de quién?

CEL. De ese muchacho, del afinador. Ha venido á decirte que dota á su sobrino en treinta mil duros... Sí, hombre, sí. No pongas esa cara de estúpido.

GUM. ¡Treinta mil duros!

CEL. Ese tío es un tío muy ordinario, pero con un corazón que no le cabe en el cuerpo.

GUM. Mira, vamos á tomar el fresco, porque me estás poniendo la cabeza lo mismo que un bombo. (Va á la cómoda y abre el cajón de arriba. Saca el pañuelo de seda, que se pone al cuello. El cajón queda abierto.)

CEL. Pronto te convencerás (1). (A Juana, que sale por la segunda izquierda.) Oiga usted, si viene una visita para el señor, que espere, que pronto volveremos.

JUANA Está muy bien.

CEL. ¡Ah! Y si viene el afinador...

JUANA ¿Qué? (Asustada.)

CEL. Que espere también, que tengo que decirle cuatro cositas.

JUANA (¡Ay, Dios mío!)

GUM. Eso es. Las bromas, pesadas ó no darlas.

CEL. Te digo que no es broma. No seas majadero. (Cerca de la puerta del foro.)

GUM. ¡Treinta mil duros!

---

(1) Gumersindo—Celedonio—Juana.

CEL. Y treinta mil casas, digo, treinta casas.
GUM. Anda, anda y déjame en paz.
CEL. (Nada. Que no hay quien le convenza...) (Vanse hablando por el foro derecha.)

ESCENA VI

JUANA, y luego ELENA

JUANA ¡Lo dicho! Han descubierto el engaño y me van á echar de mala manera.
ELENA (Por la escalera.) Diga usted, Juana, ¿no habrá vuelto todavía el jardinero? (1).
JUANA No lo sé, señorita. (Pero, señor, ¿por qué no habré hablado con franqueza desde un principio? ¡Después de todo, la cosa no tiene nada de particular!) (2).
ELENA ¿Qué le pasa á usted? (Que ha ido á la ventana.)
JUANA ¿Qué me ha de pasar? Que su papá me va á echar de casa con cajas destempladas, y tendrá muchísima razón. Y á todo esto, Manolo sin venir, y yo sin saber qué ha sido del niño

ESCENA VII

DICHAS y GARCIA. Este personaje tendrá en la frente, nariz y mejillas algunas tiras de tafetán oscuro que le obligan á gesticular con frecuencia. Trae en brazos al niño, envuelto en un mantoncito

GAR. ¡Pchis! (Desde el foro.) ¡Juana!
JUANA ¡Eh!
ELENA ¡García!
JUANA Y trae el niño (3). (Corriendo á recibir á García.) ¡Hijo de mi alma! (Cogiéndole en brazos y besándole repetidas veces.) Pero, oye, ¿qué es eso? (Fijándose en la cara de García.)
ELENA ¿Qué tiene usted en la cara?

---

(1) Juana—Elena.
(2) Elena—Juana.
(3) Elena—García—Juana.

GAR. Unas tiras de tafetán que me pusieron en una botica.

ELENA ¿Se ha caído usted?

GAR. Sí. (Mirando á la ventana.)

JUANA ¡Válgame Dios! ¡Pero qué monísimo está! Mire usted, señorita...

ELENA A ver... á ver. Es precioso. (Le coge en brazos) (1).

GAR. Mi misma cara.

ELENA Sin el tafetán.

GAR. Eso es.

ELENA Voy a enseñárselo á Margarita. ¡Rico! ¡Monín! (Vase por la escalera, llevándose al niño.)

ESCENA VIII

GARCIA y JUANA

JUANA Ya me tenías impaciente.

GAR. Hace un momento vi salir á tu amo y á ese señor forastero. Por eso me he atrevido á entrar. Más de dos horas he estado paseando por ahí con el niño en brazos, llamando la atención de los vecinos del barrio. Todos tenían algo que decirme. «¡Pobrecillo! Le ha arañado su señora»—decía uno —«No mire usted al chico, que le va usted á asustar»—replicaba otro.— Y hasta un mayoral del tranvía me dijo cuando pasaba: «¡Vaya usted con Dios, ama seca!..» En fin, que he estado haciendo el ridículo toda la mañana. (Volviéndose de pronto.) ¿Eh?

JUANA ¿Qué te pasa?

GAR. Que creí que venía ese señor forastero.

JUANA ¡Jesús qué cara! ¿pero cómo te has caído?

GAR. No, si no me he caido. Me han tirado. Anoche, cuando entré por esa ventana...

JUANA Cállate: no conviene que las señoritas se enteren. (Mirando hacia la escalera.)

GAR. Es verdad.

---

(1) García—Elena—Juana.

JUANA ¿Pero has venido anoche?

GAR. Desgraciadamente.

JUANA Pues hijo, yo me asomé á ver si te veía; pero salió don Celedonio y me marché. Cuando volví luego te estuve esperando, y nada.

GAR. Claro, ¿qué había yo de asomar por aquí? Menudo susto me ha dado ese don Celedonio.

JUANA ¿Pues qué ha pasado?

GAR. ¡Friolera! Que me sorprendió ahí, en la ventana, y me tiró de cabeza sobre el macizo de rosales.

JUANA ¡Pobre Manolo! Ahora me explico lo de la cara.

GAR. Ese señor es una fiera.

JUANA ¿Pues sabes lo que me ha dicho hace un momento?

GAR. ¿Qué?...

JUANA Que si volvías por aquí que le esperaras.

GAR. ¡Un demonio!

JUANA Que tiene que decirte cuatro cositas.

GAR. ¡Quiá! En seguida le espero yo.

JUANA Pero, ¿qué hay de la nodriza? ¿En qué habéis quedado?

GAR. En nada, en que me dijo: ¡Ahí queda eso! Me dejó el niño y se marchó tan fresca.

JUANA ¡Pobre Pepitín!

ESCENA IX

DICHOS. MARGARITA con el niño en brazos y ELENA. Las dos por la escalera

MARG. Tienen ustedes un niño hermosísimo (1).

JUANA ¿Verdad que sí? (Coge en brazos al niño.)

GAR. Es favor que usted le dispensa.

MARG. ¡Pero cómo tiene la cara este pobre muchacho!

ELENA Es que se ha caído.

---

(1) García—Juana—Margarita—Elena.

GAR. No señora, es que...

JUANA (Interrumpiéndole.) Es que le ha arañado la nodriza.

GAR. ¡Eso es!

MARG. ¡Qué atrocidad! Hay personas que son como fieras.

GAR. Las hay, sí señora, las hay.

MARG. Pero ese pobre niño tendrá hambre.

GAR. Se ha desayunado conmigo.

JUANA ¿Sí?

GAR. Se comió dos buñuelos.

JUANA ¡Qué barbaridad! Dos buñuelos á una criatura de cuatro meses.

GAR. Hija, si no tenía otra cosa. No había de darle aguardiente.

MARG. Vayan ustedes, vayan ustedes á la cocina y que le den unas cucharaditas de leche.

ELENA Traiga usted. Yo se las daré. ¡Pero qué cara tan monísima! (Vase con el niño por la segunda izquierda.)

MARG. Ya veremos luego si le buscamos una nodriza en el barrio.

JUANA Muchas gracias, señorita. Dale las gracias, Manolo.

GAR. Muchísimas gra... ¡Ay!

MARG. ¿Qué es eso?

GAR. Estas tiras que me tiran de una manera horrorosa.

MARG. ¡Pobre García!

JUANA Anda, vamonos á la cocina.

GAR. Hasta luego, señora... (¡Pero qué buenísimas son!) (Vanse Juana y García por la segunda izquierda.)

ESCENA X

MARGARITA. Luego RAMIRO por el foro derecha

MARG. Es una tontería que nos andemos con estos misterios. En cuanto venga Gumersindo le diré lo que pasa, y él y su amigo nos ayudarán á proteger á esta pobre gente.

RAM. (En el foro.) Buenos días, Margarita. (Muy triste.)

MARG. Buenos días, Ramiro. (Muy afectuosa.) ¿Qué tal desde anoche? (Dándole la mano.)

RAM. Bien, gracias. Usted perdonará que venga á una hora tan...

MARG. Para usted todas las horas son buenas. Siéntese usted. (Se sientan. Ramiro en la butaca y Margarita en la silla de la derecha de la mesa.) Ya decía yo que usted no podía faltar. Tenía la seguridad de que vendría esta mañana. Como que le conozco á usted (Mirándole cariñosamente.)

RAM. (Tiene razón ese caballero. ¡Cómo me mira esta señora!) (Avergonzado.)

MARG. Pero ¿qué viaje es ese?

RAM. ¿Cuál?

MARG. El de Santa Cruz de Tenerife.

RAM. Pues... no lo sé.

MARG. Don Celedonio nos ha dicho que se marchaba usted hoy mismo.

RAM. Eso quiere él, pero yo...

MARG. ¿Dice usted que eso quiere él?

RAM. Sí, señora.

MARG. Explíquese usted, porque no comprendo una palabra

RAM. (¿Y cómo le digo yo?... Pero no hay más remedio.) Margarita, yo desearía decirle á usted una cosa, en secreto

MARG. Pues aproveche usted la ocasión, porque estamos solos. Vamos á ver. ¿Qué le pasa á usted? (Acercando su silla á la butaca.)

RAM. Sé que no le soy á usted indiferente.

MARG. No, señor. Todo lo contrario. Me es usted muy simpático.

RAM. Bueno, pues mire usted. Yo lo agradezco muchísimo; pero soy incapaz de faltar á nadie... Olvídeme usted.

MARG. ¿Eh?

RAM. Sí, señora. No vuelva usted á pensar en mí...

MARG. ¿Cómo?

RAM. La paz del matrimonio es sagrada.

MARG. Pero ¿qué olvido, que paz y qué matrimonio son esos?

RAM. Perdóneme usted, pero yo no he tenido más remedio que descargar mi conciencia.

MARG. (Pero ¿qué dice este muchacho?...)

RAM. Yo nunca lo hubiera sospechado si no llega á decírmelo ese señor forastero.

MARG. Pero; ¡hombre de Dios! ¿Qué le ha dicho á usted don Celedonio?

RAM. Mire usted que me da muchísima vergüenza.

MARG. Dígalo usted, hombre, dígalo usted.

RAM. Pues me ha asegurado... La cosa no tiene nada de particular. Me ha asegurado que está usted enamorada de mí.

MARG. ¡Que yo!. . ¡Já, já, já! (Se levantan los dos.)

RAM. Por eso me aconseja que salga de Madrid y que vaya lejos, muy lejos...

MARG. ¿Conque yo estoy?. . (Riéndose con toda su alma.) ¡Vamos! Déjeme usted que me ría. Le perdono á usted porque le creo incapaz de ofenderme.

RAM. Sí, señora; soy incapaz de ofender á nadie.

MARG. (Siempre riéndose.) Hijo mío, se han burlado de usted.

RAM. ¿Sí?

MARG. ¿Cómo ha podido usted creer semejante barbaridad?

RAM. Tanto como barbaridad...

MARG. (¡Este chico es tonto de la cabeza!)

RAM. (Pues señor, ¿qué se habrá propuesto ese caballero?) (Se oye la voz de Elena.)

MARG. Ahí viene Elena. ¡Contenta la tiene usted!

RAM. ¿Sí? Pues también ella me tiene á mí contento!

ESCENA XI

DICHOS y ELENA.

ELENA (A Margarita que se ha acercado á la puerta segunda izquierda.) ¡Pobrecillo! Si vieras con qué gusto lo toma!

MARG. (Mira quién está ahí.)

ELENA (¡Ramiro! ¡Me alegro! Ahora verás.) (Se acerca á Ramiro.) ¡Muy buenos días. (1)

---

(1) Ramiro—Elena—Margarita.

RAM. Felices. (Sin mirarla.)

MARG. Aquí tienes al viajero. (Riéndose.)

ELENA ¿Por qué te ríes de ese modo? (A Margarita.)

MARG. Con las ocurrencias de Ramiro.

ELENA Pues á mí no me hacen ninguna gracia.

RAM. Ya lo sé.

ELENA ¿Le ha pasado algo á tu tía?

RAM. ¿A qué tía?

ELENA A la de Canarias.

RAM. Nada, que yo sepa.

ELENA Pues entonces ¿á qué viene ese viaje, así tan de sopetón, sin decirnos una palabra? (Margarita sigue riéndose.) ¡No te rías, mujer! Vamos, hombre, contesta. ¿No has recibido mi carta?

RAM. ¿Qué carta?

ELENA La que te he mandado esta mañana... Una carta de nueve carillas. ¿No? ¡Lo siento! Supongo que me darás explicaciones.

RAM. Quien debe dármelas eres tú.

ELENA ¿Yo?

RAM. Sí señor, tú.

ELENA ¡Solo me falta eso! Que tú te pongas la venda siendo yo la descalabrada.

RAM. A quien voy á descalabrar yo, es al otro.

ELENA ¿A qué otro?

RAM. ¡A tu novio!

ELENA ¿Eh?

MARG. ¿Cómo? (Acercándose.)

RAM. Sí, señor, sí. Todo se sabe.

ELENA ¡Pero, oyes esto, mujer!

MARG. ¡Hijo mío, cómo está usted hoy! (Sin poder contener la risa.)

RAM. No se ría usted, señora, porque esto sí que es verdad! (1)

ELENA Pero ¿el qué?

RAM. Que estás en relaciones con otro.

ELENA ¿Quién ha dicho eso?

RAM. Don Celedonio.

MARG. ¿También don Celedonio? (Siempre riéndose.)

ELENA ¿Y qué sabe ese señor?

RAM. Os ha visto aquí diciéndoos ternezas.

---

(1) Elena—Ramiro—Margarita.

ELENA ¡Jesús!

MARG. ¿Y quién es ese amante misterioso?

ELENA ¡Sí! ¿Quién es?

RAM. ¿Qué quién? ¡El afinador!

MARG. } ELENA } ¿El afinador?... ¡Já, já, já!

RAM. ¡Sí! Ríanse ustedes, pero lo que es yo no me río.

MARG. Pero, venga usted acá, criatura. (Tratando de contener la risa.) ¿Sabe usted quién es el afinador?

RAM. Ese tipo del chaqué de color de ceniza. (Margarita y Elena ríen á mandíbula batiente.)

RAM. ¡Bueno! (Sin comprender la causa de la risa.)

MARG. Pues oiga usted y tranquilícese. (Sin poder contener la risa.) Ese tipo del chaqué de color de ceniza.. ¡es el marido de Juana!

RAM. ¿Eh? (Asombrado.)

ELENA Sí, señor. ¡El marido de Juana!

RAM. ¿Luego es mentira que...?

MARG. Sí, hombre, sí: tan mentira es esto como... lo otro.

ELENA ¿El qué?

MARG. Nada.

RAM. ¡De modo que ese señor me ha tomado el pelo!

MARG. En gordo, hijo mío.

ELENA ¡Te está bien empleado por dudar de mí!

RAM. ¡Ay, qué felicidad! ¿Luego tú...?

ELENA Merecías que no te quisiera.

MARG. Anda, para que se convenza, llévale á que vea á Pepitín.

RAM. ¿A quién?

MARG. Al hijo de Juana.

RAM. ¿Ha dado á luz la doncella? No sabía nada.

MARG. ¡Qué ha de saber usted! (Siempre riéndose.)

ELENA Ven conmigo, verás qué chiquillo tan mono.

RAM. ¡Tú sí que eres monísima!

ELENA ¡Y tú sí que eres tontísimo! (Vanse los dos por la segunda izquierda.)

ESCENA XII

MARGARITA y luego DON CELEDONIO. Después PEPE

MARG. Pues señor, no creí que don Celedonio tuviese tan buen humor. ¡Digo si se ha burlado del pobre chico (Se oye dentro la voz de don Celedonio.) ¡Ah! ¡Ahí está el bromista!

CEL. (Trabajo me ha costado, pero al fin se ha convencido.) ¡Ella! (Mirando con prevención á Margarita.—Se sienta en la butaca.)

MARG. ¿Dónde ha dejado usted á Gumersindo? (1)

CEL. Hablando con los dueños de *Villa-Gervasia* ó *Villa-Telesfora*... No sé. Aquí á cualquiera cosa llaman *Villa*.

MARG. Tiene usted razón.

CEL. ¿No ha venido nadie?

MARG. Sí señor. Ha venido Ramiro. (Sonriente.)

CEL. ¿Ramiro? (Levantándose de pronto.)

MARG. ¡Pobre muchacho! ¡Buen disgusto le ha dado usted!

CEL. ¿Pero ha vuelto por aquí?

MARG. Naturalmente.

CEL. ¿A despedirse para Canarias?

MARG. ¡Calle usted por Dios! El infeliz estaba asustado, pero ya le dije que no le hiciera á usted caso.

CEL. ¡Oiga usted, señora!

MARG. No se ponga usted así, porque ya le conozco á usted. (Imitando el tono de don Celedonio.)

CEL. El que la conoce á usted soy yo!

MARG. ¡Bueno! Pues ya nos conocemos los dos.

CEL. (Me pone nervioso la frescura de esta señora.)

MARG. Hablando en serio. ¿Qué se ha propuesto usted con asustar al pobrecillo?

CEL. ¿Que qué me he propuesto? ¡Por Dios, señora! Gumersindo puede venir y no conviene que se entere.

---

(1) Celedonio—Margarita.

MARG. ¿Qué importa? Se reirá como me he reido yo.

CEL. ¿Dice usted que él?

MARG. Es natural Si después de todo la cosa no tiene importancia.

CEL. (¡María Santísima!)

PEPE (Desde el foro.) ¡Don Celedonio!

CEL. (A Margarita.) El criado... ¡Silencio! No es prudente...

MARG. ¡Ah! Tiene usted razón. (Como siguiendo la broma.) No es prudente... Hasta luego, don Celedonio. (Es famoso este buen señor. (Vase riéndose por la segunda izquierda.)

CEL. (¡Yo no he visto en mi vida un cinismo semejante!)

PEPE ¡Don Celedonio! (Desde el foro.)

CEL. (He necesitado revestirme de toda mi sangre fría para no hacer una atrocidad.)

PEPE Don Celedonio... (Desde el foro.)

CEL. ¿Qué hay? (Incomodado.)

PEPE Un telegrama urgente.

CEL. ¿Urgente, y se está usted con esa calma? Traiga usted, traiga usted. (Coge el telegrama.)

PEPE Ya he firmado el recibo.

CEL. Está bien. (Vase Pepe.) Alguna noticia desagradable, de seguro. (Abre el telegrama.) ¿No lo decía yo? (Lee.) «Venga tren próximo. Operarios declarados huelga. Escabeche perdido.—Ramón.» ¿Y qué hago yo? ¿Cómo me marcho sin arreglar todos los asuntos de esta familia? Pero no hay más remedio. El negocio lo reclama. Aquí lo importante es casar á la chica y que salga pronto de esta casa. Como pueda, hoy mismo queda acordada la boda. ¿A qué hora saldrá el tren? Voy á ver si el criado lo sabe... (Leyendo el telegrama.) «Declarados huelga. Escabeche perdido.» La huelga puede que se arregle; pero el escabeche... eso ya no lo arregla nadie. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA XIII

GARCIA por la segunda izquierda

GAR. Dice la cocinera que la sobrina del portero de *Villa Rosa* tiene leche fresca. Voy á ver si le conviene... (Se dirige al foro derecha, y de pronto se vuelve asustado.) ¡Huy! ¡El forastero! (Baja al proscenio azorado y se esconde detrás del piano.)

ESCENA XIV

DICHO y DON CELEDONIO

CEL. (Dentro.) Sí. Búsqueme usted un coche de punto. A las once sale el exprés. (Entra en escena.) Voy á decírselo á esta familia. (Se dirige á la segunda izquierda. García, en cuclillas, huye el bulto alrededor del piano.) No; esperaré que llegue Gumersindo. (Baja al proscenio por detrás del piano. García, siempre en cuclillas, pasa al frente del piano y se apoya sin querer en el teclado.) ¿Eh? (Que ha oído el ruído.) ¿Usted por aquí?

GAR. ¡Por Dios, caballero! (Huyendo.)

CEL. No huya usted, hombre. Venga usted acá (1).

GAR. Mire usted que yo no soy lo que usted cree.

CEL. Si ya sé quién es usted. Es inútil que se desfigure.

GAR. No, señor; si esto han sido los rosales. Como me caí de cabeza...

CEL. Ruego á usted que me perdone.

GAR. ¿Que yo le perdone?...

CEL. Sí, hombre, sí. Lamento mucho lo ocurrido. Si yo hubiera sabido anoche quién era usted, no le hubiera tratado de ese modo. Pero, créame usted, no está bien eso de saltar por las ventanas. En estos asuntos se debe ir por el camino derecho. (García hace una mueca de contracción.) No se ría usted.

---

(1) García—Celedonio.

GAR. Si no me río, si es que me tira el tafetán.

CEL. ¡Ah!

GAR. Tiene usted razón. He hecho muy mal. Pero como don Gumersindo no sabe una palabra..

CEL. Pues ya lo sabe todo.

GAR. Me alegro.

CEL. Se lo he dicho yo.

GAR. ¿Se ha enterado usted por la señora?

CEL. No, señor. Me he enterado por su tío de usted.

GAR. ¿Por mi tío? Pero, ¿conoce usted á mi tío Pepe?

CEL. No sé si se llama Pepe, pero ha estado aquí.

GAR. ¿Que ha estado aquí mi tío?

CEL. Hace un momento. Le quiere á usted muchísimo.

GAR. ¡Ah! Muchísimo. Sí, señor. Y yo también, yo también le quiero mucho.

CEL. Es preciso normalizar esta situación. Basta ya de misterios y de tapujos.

GAR. Sí, señor, basta ya.

CEL. Gumersindo, aconsejado por mí, accede á todo. Cuente usted con la mano de Elena.

GAR. ¡Eh!

CEL. Se casará usted con ella. Yo lo garantizo.

GAR. ¿Que yo...? (¡Ay, Dios mío! Pero, ¿qué dice este señor?)

ESCENA XV

DICHOS, ELENA con el niño en brazos, por la segunda izquierda.

ELENA Don Celedonio, mire usted.

CEL. Venga usted acá, señorita; venga usted acá. (Muy cariñoso) (1)

ELENA Mire usted, mire usted qué chiquillo tan mono. (Entrega el niño á don Celedonio.) Hágale usted alguna caricia, verá usted cómo se ríe. (Don Celedonio besa al niño.)

---

(1) García -Celedonio—Elena.

CEL. Pero, ¿de quién es este niño?

GAR. De un servidor.

CEL. ¿De usted? (Asombrado.)

ELENA Sí, señor. Papá no sabe nada, pero se lo vamos á decir.

CEL. ¡Señorita! (Furioso.)

ELENA Que le va usted á asustar.

CEL. ¡Quítese usted de mi vista!

ELENA ¿Qué?

CEL. ¡Que se marche usted inmediatamente! ¡Y usted quieto ahí! (A García que huye.)

ELENA Pero...

CEL. Que se largue he dicho. Déjeme usted solo con él.

ELENA Voy, voy. (Qué genio tiene este señor!) (Vase por la segunda izquierda.)

CEL. Y en cuanto á usted... (A García que hace un movimiento para huir.) ¡Le he dicho que de aquí no se sale! (En la puerta del foro.)

GAR. (¡Está loco; no me cabe duda!)

CEL. ¿Por que es usted el padre de este muñeco? (Zarandeando al chico.)

GAR. ¡Que me lo va usted á matar!

CEL. A quien voy á matar ahora mismo, es á usted.

GAR. ¡Loco rematado! (Entra en el despacho y cierra. Don Celedonio, que no sabe que hacer del niño, lo coloca en el cajón de la cómoda que está abierto.)

CEL. ¡No te escaparás! (Se acerca á la puerta.) Se ha cerrado por dentro! ¡Pues ahí te quedas! (Cierra por fuera dejando puesta la llave.)

ESCENA XVI

DON CELEDONIO. Luego, MARGARITA por la segunda izquierda.

CEL. ¡Qué familia ésta, Dios mío! ¡Qué familia! ¡Pobre Gumersindo! ¡Pero no! ¡El se tiene la culpa! ¿Quién me manda á mí?... ¡Me marcho!... Me marcho, y que se las arreglen como puedan. (Se dirige á su habitación.)

MARG. Oiga usted don Celedonio.

CEL. ¡Señora! ¡Déjeme usted en paz! (Vase por la segunda derecha.)

MARG. ¡Vaya usted con Dios! ¿Eso habrá sido broma ó poca educación? Lo segundo, porque este buen señor me parece bastante grosero. (Se oyen golpecitos en la puerta del despacho.) ¿Eh? ¿Qué ruido es ese?

GAR. (Dentro y por la cerradura.) ¡Señora!

MARG. ¿Llaman? ¿Quién será?

GAR. (Dentro.) ¡Señora!

ESCENA XVII

MARGARITA y GARCÍA

MARG. Ya voy, ya voy. (Abre.) ¡García! ¿Pero qué hace usted aquí?

GAR. ¿No está la fiera? (Asomándose.)

MARG. ¿Quién?

GAR. El forastero.

MARG. Está en su habitación.

GAR. La oí á usted decir: ¡Vaya usted con Dios! Y por eso me he atrevido. Ese señor está loco. Se empeña en casarme con la señorita Elena.

MARG. ¿También la ha tomado con usted? (Riéndose.)

GAR. Me voy, me voy.

MARG. ¿A dónde?

GAR. A la calle. Aquí no estoy seguro.

MARG. ¡No sea usted inocente! Si ese señor es un bromista.

GAR. ¿Sí, eh? ¡Por si acaso!

MARG. Venga usted, venga usted adentro. Hoy deben acabarse estos misterios (Se dirigen á la segunda izquierda por el primer término. García, muy escamado, mirando á la segunda derecha.)

GAR. (¿Bromitas, eh? ¡No tiene malas bromas el caballero!) (Margarita, al retirarse, oye á Pepe y se queda en la puerta.)

ESCENA XVIII

PEPE y RODRÍGUEZ por el foro derecha. MARGARITA á la puerta segunda izquierda.

PEPE — Puede usted pasar, que el amo no tardará en venir. (En el foro.)

MARG. — (¿Quien será?)

ROD. — Está bien, le esperaré. (En el foro.)

PEPE — Yo me voy, porque tengo que buscar un coche de punto para el huésped.

ROD. — Vaya usted, vaya usted. (Vase Pepe por el foro. Entra Rodríguez y baja al proscenio derecho, sin ver á Margarita.)

MARG. — (No le conozco.) Buenos días.

ROD. — ¿Eh?— Ah! Felices. (¡Buena mujer! ¿Si será? .) ¿Es usted, por casualidad, la hija de don Gumersindo?

MARG. — No, señor; soy su esposa.

ROD. — ¡Ah, ya. La madrastra.

MARG. — La madre política.

ROD. — Bueno, es igual.

MARG. — Cúbrase usted.

ROD. — ¡Ah! Usted disimule, señora. (Quitándose el sombrero.)

MARG. — ¿Que deseaba usted?

ROD. — Hablar con don Gumersindo.

MARG. — Pues no tardará.

ROD. — Eso me ha dicho el criado.

MARG. — Pase usted á esperarle ahí á su despacho.

ROD. — Aquí, ¿eh?

MARG. — Sí, señor. Quede usted con Dios. (Vase Margarita por la segunda izquierda.)

ROD. — Vaya usted enhorabuena. ¡Es una mujer de primer orden! Buen despacho. Lo dicho, no está mal construído este hotel. (Vase por la puerta primera derecha, que deja cerrada.)

ESCENA XIX

DON GUMERSINDO por el foro derecha, y luego DON CELEDONIO por la segunda derecha

GUM. ¡Jesús! Creí que no me dejaba venir esa señora. ¡Qué calamidad es la tal doña Gervasia! Media hora hablándome de su jardín, y no tiene más que cuatro tiestos... (Se quita el pañuelo de seda del cuello y va á guardarlo en el cajón de la cómoda. Retrocede sorprendido al ver al niño.) ¡Eh! ¿Un niño? Pero, ¿qué hace aquí este niño? ¿De quién es esta criatura?

CEL. (En traje de viaje.) (¡El!) ¡Gumersindo! ¡Mi querido Gumersindo! (1).

GUM. ¿Qué significa ese traje?

CEL. Que me marcho.

GUM. ¿Que te marchas?

CEL. He recibido un telegrama...

GUM. ¡Cuánto lo siento! Pero, mira, hombre, mira lo que me he encontrado aquí. (Va á la cómoda y coge en brazos al niño.)

CEL. ¿Sabes ya de quién es ese pobre niño?

GUM. Yo, no. ¿Y tú?

CEL. Yo, sí.

GUM. ¿De quién es?

CEL. No me lo preguntes. No me atrevo á decirlo.

GUM. ¡Es tuyo! Te lo conozco en la cara.

CEL. ¡Gumersindo, eres un imbécil!

GUM. Hombre, creí...

CEL. Siempre vivirás en el Limbo.

GUM. ¿Otra vez?

CEL. Aquí te engañan todos.

GUM. Vas á acabar por volverme loco.

CEL. ¿Quieres saber quién es el padre?

GUM. El padre ó la madre.

CEL. Pues bien: el seductor está ahí, en tu despacho.

---

(1) Celedonio—Gumersindo.

GUM. ¿Ahí?

CEL. ¡Pero, calma, por Dios! Hay que resignarse ante los hechos consumados. Te dejo. Voy á liar las mantas (Vase por la segunda derecha.)

GUM. No es mal lío en el que tú me has metido.

ESCENA XX

DON GUMERSINDO, JUANA. Luego RODRÍGUEZ

JUANA (¿El señor con el niño?) (1) (Por la segunda izquierda.)

JUANA Oiga usted, Juana. Venga usted acá.

JUANA (¡Me pega!))

GUM. ¿De quién es este chico que estaba en el cajón de la cómoda?

JUANA ¿En el cajón de la cómoda? ¡Pobrecito! (Coge al niño en brazos)

GUM. Conteste usted.

JUANA Pues bien; este niño... es... es... ¡mío!

GUM. ¿De usted?

JUANA Sí, señor; perdóneme usted

GUM. ¿Conque tiene usted un hijo? (Incomodado.)

JUANA Las señoritas ya están enteradas.

GUM. Ellas lo estarán, pero yo no. Dice bien Celedonio... todos me engañan... ¡Pero no! A mí no me engaña nadie!

JUANA Si es que...

GUM. ¿Y quién es?... ¡Ah! ¡Pero ahora lo sabré! ¡El seductor está ahí, en mi despacho. (Abre la puerta del despacho.) ¡Salga usted!

ROD. (Presentándose.) Felices. (2)

GUM. ¿Conque es usted, á sus años, el seductor de doncellas?

JUANA (¡Qué!)

ROD. ¿Cómo?

GUM. ¿Conque es usted el padre de esa pobre criatura?

ROD. ¿Yo?

---

(1) Gumersindo—Juana.

(2) Rodríguez—Gumersindo—Juana.

JUANA (¡Ave María Purísima!)
GUM. ¿Y se atreve usted á venir aquí, á profanar un hogar honrado?
ROD. Pero ¿qué está usted diciendo?
JUANA Oiga usted, señor...

ESCENA XXI

DICHOS y MARGARITA, por la segunda izquierda

MARG. ¿Que voces son esas?
JUANA Venga usted, señorita.
GUM. Sí, ven acá. (1) ¿Conque tú sabías las relaciones de Juana con este hombre?
MARG. ¿Qué?
GUM. ¡Ahí tienes el fruto de sus amores!
MARG. ¡Gumersindo!
JUANA ¡Pero si yo no conozco á ese señor!
MARG. Ni yo tampoco.
GUM. Pues, entonces, ¿quién es usted? (A Rodríguez)
ROD. ¿Yo? Pues uno que va á ser casi de la familia.
GUM. ¿Eh?
ROD. Soy el tío del novio de su hija de usted.
GUM. ¿El tío de García?
ROD. ¿Qué García?
GUM. El afinador.
ROD. Pero ¿qué afinador ni qué calabazas?
MARG. ¡Ay, Gumers ndo! Tú no estás en tu juicio.
GUM. Pero entendámonos. ¿No es usted el tío que ha estado aquí antes?
ROD. Sí, señor.
GUM. ¿El de los treinta mil duros?
ROD. ¡Justo!
GUM. Pues entonces, ¡usted es el tío del afinador!
ROD. ¡Y dale!
JUANA (¡Ojalá!)
MARG. ¡Pero, hombre, por Dios! Ya es hora de que lo sepas. El afinador es el marido de Juana.
GUM. ¡Eh!

---

(1) Rodríguez.—Gumersindo.—Margarita.—Juana.

ESCENA XXII

DICHOS y GARCIA. Luego RAMIRO y ELENA

GAR. (Presentándose después de haber oido las últimas frases desde la puerta segunda izquierda.) ¡Servidor de usted!

ROD. (¡Vaya una cara!) (1)

MARG. Llevan año y medio de casados.

GAR. Perdónenos usted.

GUM. A mí no me haga usted gestos.

GAR. Si es el tafetán...

GUM. Pero, señor, ¿qué líos son esos de Celedonio? ¡Ese hombre me va á volver tarumba! (A Rodríguez.) ¿Conque ahora resulta que no es usted el tío de éste?

ROD. ¿Yo? ¿Qué he de ser?

GUM. Pues, ¿quién es su sobrino de usted?

ROD. ¿Que quién? (Aparecen en la segunda izquierda Ramiro y Elena.) ¡Aquél!

GUM. ¡Ramiro!

RAM. ¡Mi tío aquí! (Yendo hacia él.)

ELENA ¿Tu tío?

RAM. ¿A qué ha venido usted? (2)

ROD. A hablar con tu suegro y á pedirle la mano de tu novia.

RAM. ¡Cuánto me alegro!

ROD. Es ésta, ¿verdad?

ELENA Servidora de usted.

ROD. Te apruebo el gusto. Es una chiquilla de buten.

ELENA Muchísimas gracias.

MARG. (A Gumersindo, que está como atontado.) Ya lo has oido. Me parece que ya te habrás enterado.

GUM. Pero, vamos á ver. ¿Elena está enamorada de Ramiro?

MARG. ¿Ahora salimos con esas?

---

(1) Rodríguez—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

(2) Rodríguez—Ramiro—Elena—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

GUM. Perdóname, si es que yo ya no sé lo que digo ni lo que pienso. ¡Tiene la culpa Celedonio! Por fortuna se marcha hoy.

MARG. ¿Sí?

GAR. (¡Me alegro!)

GUM. ¡Vaya bendito de Dios!

MARG. Por mí...

GUM. Si está aquí dos días más, acabamos todos en Leganés.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CELEDONIO. Después PEPE

CEL. (Por la segunda derecha.) ¿No ha venido el criado?

GAR. (¡Eh!) (Asustado, retrocede y tropieza en el piano.)

MARG. (A García.) No tema usted.

GUM. Ven acá tú, *infundioso* (1) ¿Conque el señor (Por Rodriguez.) es el padre del niño?

CEL. ¿Quién ha dicho eso?

GUM. ¡Tú!

CEL. ¿Yo? Lo que digo y sostengo es que el niño es hijo del sobrino del señor.

RAM. ¿Mío?

CEL. ¿Cómo de usted? ¡De ese! (Señalando á García.)

GAR. ¡Y sí que lo es!

ROD. ¿Y de dónde saca usted que ese sea mi sobrino?

CEL. Yo no lo saco de ninguna parte. Usted me lo ha dicho.

ROD. ¿Que yo?... ¡Vamos, hombre, no sea usted tarugo!

CEL. ¡Oiga usted!

ROD. Mi sobrino es este. (Por Ramiro.)

CEL. ¿Ese?

GUM. Sí, señor, Ramiro, el que se casará con mi hija.

---

(1) Elena—Ramiro—Rodriguez—Celedonio—Gumersindo—Margarita—García—Juana.

CEL. ¿Conque tu hija se casa con...? ¡Vaya! ¡Abur! (Esto no es familia, esto es cualquier cosa!)

PEPE (Desde el foro.) El coche está á la puerta.

CEL. Vaya usted bajando todos los líos. No se olvide alguno.

MARG. ¡No! ¡Que se los lleve todos!...

CEL. ¡Gumersindo! ¡Amigo mío! Eres muy desgraciado.. Asuntos de la fábrica me obligan á marcharme, pero créeme, me están dando intenciones de abandonarlo todo y quedarme á tu lado.

GUM. ¡No! ¡El escabeche es lo primero!

CEL. (Al público)

Es costumbre inveterada
y hasta abusiva de sobra,
pedir al fin de una obra
la consabida palmada.
Yo no me atrevo á incurrir
en vicio tan singular,
no vaya alguno á decir:
«Contra el vicio de pedir
hay la virtud de no dar.»

TELON

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

¡Basta de matemáticas! juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El pariente de todos, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)

Desde el balcón, juguete cómico en un acto y en verso, original.

La viuda del zurrador [1], parodia en un acto y en verso.

El autor del crimen, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición).

Aprobados y suspensos, pasillo cómico en un acto y en verso, original (Sexta edición.)

Horas de consulta, sainete en un acto y en verso, original.

Noticia fresca [2], juguete cómico en un acto y en verso. (Sexta edición.)

Tras del pavo [3], apropósito en dos actos y en prosa original.

Paciencia y barajar, comedia en un acto y en prosa.

Calvo y compañía, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Pérez y Quiñones, comedia en un acto y en prosa, original.

Con la música á otra parte, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Tercera edición.)

Turrón ministerial, apropósito en un acto y en prosa, original.

Llovido del cielo, comedia en dos actos y en verso, original. (Tercera edición.)

Periquito [1], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [1], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adiós, Madrid! [1], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [1], refundida en dos actos.

De tiros largos [1], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

El medallón de topacios [2], drama cómico en un acto y en verso, original.

La primera cura [1], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [1], refundida en dos actos.

La calandria [1], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve [1], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

Prestón y compañía [4], sainete en un acto y en verso, original.

Parientes lejanos, comedia en dos actos y en verso, original.

Carta canta, juguete cómico en un acto y en verso. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [1], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Las codornices, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Sexta edición.)

De todo un poco [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

Juego de prendas, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Tiquis-miquis, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

¡Un año más! [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

Pensión de demoiselles [5], humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.

San Sebastián, mártir, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Parada y fonda, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Séptima edición.)

Boda y bautizo [5], sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.

El viaje á Suiza [5], vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

Perecito, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

La almoneda del 3.º [1], comedia en dos actos, original y en prosa.

Coro de señoras [1], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Los tocayos, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [1], juguete cómico en dos actos y en prosa original. (Quinta edición.)

Los lobos marinos [1], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

El sombrero de copa, comedia en tres actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

El señor gobernador [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

El sueño dorado, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

Su excelencia, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El señor cura, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

El señor cura, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

El rey que rabió [1], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [1] comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Villa-Lula (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reiflingen*.

Zaragüeta [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Chifladuras, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Segunda edición.)

La rebotica, sainete en prosa, original. (Cuarta edición.)

La praviana, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

Venta de Baños, sainete en un acto y en prosa, original.

La Marquesita, comedia en un acto y en prosa.

La sala de armas, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

El afinador, juguete cómico en dos actos y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Todo en broma, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Tercera edición aumentada.)

Bagatelas. poesías. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

Al fin, al fin. versos.—Ilustraciones de B. Gili y Roig. — Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona. - Primera edición.

Pamplinas, versos.—Colección Diamante. Antonio López.—Librería Española. —Barcelona.—Primera edición.

---

1 En colaboración con Miguel Ramos Carrión

2 Idem id. José Estremera.

3 Idem id. José Campo-Arana.

4 Idem id. Eusebio Blasco.

5 Idem id. Miguel Echegaray

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, Florín, 8, bajo, considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.